



SS

**SERVICIO
SECRETO**

VIC PETERSON
**EL "GANG" DE LOS
LUCHADORES**

VIC PETERSON

El “Gang” de los luchadores

1ª EDICIÓN
MAYO - 1955



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES
OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

168 — El caso de las mellizas. 170 — Una bala para cinco.
172 — Espectros en la bolera. 176 — Aprendices de
detective. 178 — El caso del Landrú californiano. 184 — La
muerte borra las huellas. 208 — El caso del verdugo chino.
210 — El heraldo de la muerte. 224 — El suicida asesinado.
229 — Planetas sangrientos. 233 — Profesión: Fugitivo.

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



Printed in Spain

Reservados los derechos para la presente edición.
Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. — Proyecto, 2 — Barcelona

EL 'GANG' de los LUCHADORES

por *Vic Peterson*



CAPÍTULO I

Hundidas las manos en los bolsillos de su gabardina, el capitán Guy Dickson avanzó por el patio cuyo empedrado tenía reflejos mortecinos en su resbaladiza humedad.

En aquel recinto, lo simplemente atmosférico, adquiriría siniestra viscosidad repelente.

Y la fina llovizna repicando sobre el recinto del Depósito, de cadáveres berlinés, acentuaba el lúgubre carácter ambiental.

Pero Guy Dickson, del servicio secreto norteamericano, hacía ya tiempo que había perdido la facultad de impresionarse.

Su acompañante, Steve Prescott, era aún novato en aquellas lides.

Al llegar bajo uno de los porches del patio, un policía alemán les recibió con marcial saludo, precediéndoles por un corredor, hasta cederles el paso a una estancia enteramente desnuda de mobiliario.

Solo habitada por los cuerpos tendidos bajo un lienzo blanco, y acostados sobre mesas de mármol. Ya no importaba, pensó Prescott, puesto que no sentían el frío los inmóviles yacentes.

Pero en aquella sala, para los visitantes, hacía más que frío. Era un helor desagradable que penetraba hasta la médula.

Sobre una de las mesas de mármol, la anatomía bajo el lienzo,

revelaba una vigorosa constitución.

El policía alemán levantó el sudario, y quedó descubierto el atlético torso masculino, iluminado de lleno por el impacto del foco colgado a medio metro encima de la mesa.

Guy Dickson reconoció en el rostro intacto, la máscara de sardónico regocijo íntimo que hasta muerto, caracterizaba a Oscar Murray.

Una leve crispación de las mandíbulas fue la única manifestación emotiva del capitán Dickson, al identificar a su extraño adversario. Y sin embargo ante aquel cadáver de ojos cerrados a toda humana percepción, ante aquella boca cínica que nunca más volvería a demostrar su concepto sanguinario del humorismo, el capitán Dickson estaba viviendo uno de los más intensos momentos de evocaciones y significados en su accidentada carrera de cazador de aventureros.

Aquel atleta definitivamente tranquilo a la fuerza, había sido uno de los aventureros más enigmáticos de la época turbulenta, iniciada en los años anteriores al estallido del último conflicto mundial.

Uno de aquellos hombres, de los cuales podía asegurarse que su única razón de vivir, era jugarse la vida.

Uno de los modernos condotieros, con talla y músculos de *catcher*, con modales de *gangster*, y cuyo espíritu le hacía buscar por compañía la pelea sangrienta.

Y lo extraordinario, lo que semejaba una páfida burla del destino, era que la robusta vitalidad del famoso Oscar Murray, se había extinguido por obra de algo minúsculo, casi risible.

No había sido hecha aún la autopsia, esperando la identificación que tenían que realizar el capitán Dickson y su colega.

Conservaba Murray el vestido con que le sorprendió la visita de la muerte.

Un traje de sarga azul, un jersey del mismo color, chaquetón largo, y el gorro marinero de lana, casquete con borla, de los fluviales del Rhin y del Spree, con sus canales, algunos de ellos separando la zona americana de la zona rusa.

Calzaba botas de agua, y en su brazo izquierdo tenía una ancha franja de cuero. Una muñequera engarzando cronógrafo y brújula.

Esferas diminutas, pero muy precisas como instrumentos de

medición. Le habían gustado siempre a Murray los instrumentos de precisión.

Pero nunca hubiese imaginado que le produciría la muerte, el instrumento más contrario a su ruda personalidad. Un cortapapeles.

Un simple abridor de libros y sobres, hincado con mucha precisión. Largo, lo suficiente para atravesar el corazón, agujereando primero la solapa izquierda de su chaquetón mariner.

De la solapa sobresalía como una condecoración la empuñadura del cortapapeles; parecía una moneda de oro, llevando en sus dos caras el mismo relieve, representando una margarita.

El tallo y las hojas eran de verde esmalte; los pétalos, blanco nácar. La línea rojiza que parecía destilar la margarita, no era un adorno del artífice joyero.

Su color de intenso rubí, procedía del corazón atravesado.

Pensó Dickson que seguramente la autopsia revelaría en las vísceras, la existencia de algún narcótico.

Era de sentido común comprender que un atleta habituado a pelear constantemente, no habría permitido que le clavasen aquel acero, teniendo tan solo un mínimo de lucidez instintiva.

Comprobó Dickson que la anatomía no revelaba ningún otro síntoma de herida, ni siquiera de magulladura o contusión.

El cadáver recogido una hora antes, a las seis cuarenta de la madrugada en los muelles de las riberas del Spree, sector norteamericano, estaba tendido sobre un banco de piedra.

Como si fuera un vagabundo durmiente.

Y no exteriorizaba el menor desorden en la ropa, ni huellas de lucha. Hasta la expresión del rostro, brutalmente macizo parecía demostrar que aquel modo de morir le había resultado gracioso a Oscar Murray. Como una de las tantas bromas fantásticas que gustaba de administrar a ratos perdidos, aquel aventurero conocido por Scar. Bromas que solo él encontraba preciosísimas.

Guy Dickson movió una mano, y el policía alemán recubrió el cuerpo, preguntando en alemán:

—¿Tiene inconveniente en firmar la identificación, capitán?

—Ninguno en absoluto, y certifico sin la menor duda, que este hombre es Oscar Murray. Bien, para ser más exacto, debo rectificar el verbo: este hombre era Oscar Murray.

Y con las dos rúbricas, el bullidor aventurero, genial tanto en sus

andanzas como en su excéntrica manera de vivir, quedaba convertido en un quieto conjunto de líneas escritas en una cartulina de fichero.

CAPÍTULO II

En el despacho contiguo, esperando el resultado de las primeras manipulaciones del forense, ya en acción, Steve Prescott pensaba que ahora, aquella muerte, proporcionaba al capitán Dickson un trabajo suplementario.

Porque con su desaparición se llevaba Murray secretos que hacía algún tiempo trataba de indagar el capitán considerado un as del contraespionaje.

Guy Dickson, exhalada la tercera emanación de humo mentolado, se decidió por fin a hablar:

—A tono con el siniestro humorismo de que siempre hizo gala Murray, he de confesar que hasta quieto y pacífico, me complica la existencia este grandullón.

Steve Prescott replicó deferente:

—Es indudable que le proporcionó muchos quebraderos de cabeza.

Guy Dickson, echándose atrás el sombrero, se rascó una cicatriz que empezaba en el nacimiento de su rizado cabello negro, y comentó:

—Quebraderos de todas clases que compartimos amistosamente él y yo. A puntos, estábamos igualados. Combate nulo. Me estrelló una botella en el cráneo. Era un frasco de vino del Rhin. Yo le devolví el frasco, noches después. Era de ginebra. Pero el cráneo de Scar era más duro que el mío, ¿comprende?

Asintió Prescott, informado ya de que Dickson tenía un estilo propio, ajeno a todo convencionalismo.

—Le dieron a Scar los mismos puntos de sutura que a mí. Más tarde, cuando me hincó un cuchillo en un hombro, durante cierto tiempo me estuvo llevando ventaja a los puntos. Me habían dado ocho. Antes de un mes, agarré por la garganta al cirujano clandestino que había curado a Scar, un tal Lewis Drone, y tuve el placer de oírle decir que había aplicado ocho puntos de sutura en un hombro de Scar. *Match* nulo.

—¿Un cuchillazo también? —quiso saber el novato, pensando que el arma empleada era algo chabacana, y más propia de su

barrio natal, Brooklyn, que de una capital europea supercivilizada.

—Por el Rhin y el Spree, lugares favoritos de acción de Scar, las barcas planas llamadas chalanas, son hogares flotantes y también en ocasiones, infames tugurios. Se come en ellas con cuchillo, sin tenedor. Se pelea con cuchillo. Pero para devolverle mi deuda en puntos a Scar, empleé su propio cuchillo, valiéndome de un pequeño descuido de Scar.

Encendió Dickson otro cigarrillo antes de añadir:

—Se descuidó durante los segundos que tardó en asimilar el banquetazo que le di en el pecho. La banqueta era de legítimo abeto bávaro. Y he de reconocer que la caja torácica de Scar, era de legítimo hormigón armado.

—Es curioso, capitán, que al hablar de Murray lo haga usted con un tono que casi suena a simpatía.

Guy Dickson entornó un párpado. Podía ser el humo ascendiendo lo que motivaba el guiño. Pero su rostro de por sí agresivo, se convirtió en máscara sardónica, al exponer:

—Ya irá usted aprendiendo que en el servicio secreto suele ocurrirnos con la parte contraria, lo mismo que en el matrimonio. Se discute, se pelea, se acecha, y con tanto trato llega uno a encariñarse.

Steve Prescott pensó que el sistema que tenían Dickson y su principal contrincante para demostrarse el afecto, si se aplicaba a las parejas conyugales, el mundo se despoblaría prontamente.

—Era un elemento original —definió, reflexivamente, Dickson—. Podía inspirar deseos de matarle, no misericordiosamente, sino con ensañamiento, alevosía y con pataleo sobre los restos, pero era todo un hombre. Era formidable, fantástico, el buen Scar.

—Debía tener su buen metro noventa, y en la báscula daría...

—Lo que más me revienta es que escapó de mil trampas, y ha ido tontamente a colocar su solapa bajo un cortapapeles, dejándose prender un disco, como un maniquí de sastre.

—Además de la solapa y el disco, estaba también él bajo el disco, bueno... —y se interrumpió Prescott.

Guy Dickson le estaba mirando críticamente, con afecto, como el tigre contemplando los primeros tambaleos de su cría.

—No se apure, Steve. Solo lleva unos días por Berlín, y todavía no ha entrado en calor. Le garantizo que dentro de poco tiempo,

cuando haya aparcado en clínicas, por estacionamiento directo de su cráneo sobre el asfalto, irá aprendiendo a vivir por este dichoso Berlín de nuestros pecadillos. Lo esencial en Berlín, ¿sabe usted qué es?

—Saber alemán —rio Prescott, complacido.

—Su ironía es de plantígrado elefantiásico, pero tolerable. Lo esencial en Berlín es perderlo todo, menos el sentido del humor. Reparta sus sesos por donde se le antoje, y con la precaución de numerarse los huesos transite tranquilo, que ya lo identificarán apenas vayan reuniendo numeralmente su montaña de huesos. Pero sobre todo, no me pierda el buen humor.

Rio Prescott algo conejilmente, y volvió Dickson a su tema:

—Hay algo en que no pensó Scar. No me refiero al cortapapeles, sino a que blasonaba de que cuando sus admiradoras supieran que se había muerto, iba a suceder lo siguiente: de cada diez admiradoras, nueve llorarían de inmensa alegría, pero la número diez le traería flores. Y ya lo estamos viendo. Nada de flores, salvo la margarita del abrelibros. Lo celebro por Scar, que se encuentre como está. Así se ha ahorrado un desengaño, el pobre.

—Cuando yo vi a Murray bebiendo ron y comiendo ostras en la terraza del «Alexandra» me pareció una verdadera bestia. Un bruto poco grato a las mujeres.

Desde la experiencia de sus treinta y tres años, y la altura de su metro ochenta, el capitán Dickson midió el metro ochenta y cinco y los veintisiete años de su colega, enviado desde París, tras un aprendizaje de un año.

—Scar era un Rasputín moderno. Fascinaba a las mujeres por su enorme vitalidad. No era solo un luchador coriáceo, sino también un verdugo de corazones. Nacido irlandés, tenía el temperamento exuberante de esta raza. Cuando reía se estremecían ruborosas las damitas honestas. Scar era una fuerza de la naturaleza. Lo hacía todo con violencia, apasionadamente, con caprichosa volubilidad, con descomunal sarcasmo. Como un niño grande.

—Un gran bebé, porque en la báscula debía de dar...

—Ochenta y siete kilos sin pizca de grasa. Esto daba de sí hace un par de meses, cuando se empeñó en sumergirse en el Spree, a base de empujarme por la cabeza a patadones. Los dos escapamos vivos de aquella zambullida, porque nos confundimos y nadamos en

sentido contrario, a mí me resultaba simpático Scar, porque no tenía igual para ganarse a quien quería engatusar. Y ahí está, el hombre. Atravesado como una vulgar mariposa. ¿Cómo? ¿Por quién? ¿Por qué?

—Las tres preguntas rituales de toda, investigación. El «abecé».

—Salvo que para el alfabeto referente a Scar estamos en la «equiszeta». La pregunta «¿por qué?» ofrece grandes perspectivas y tantas pistas que sobra dónde escoger. Si hay un millar de hampones que conocían a Scar, calculemos que más de la mitad sentían vehementes deseos de matar a Scar. Lo que les pasaba es que no sabían cómo. Pero no hubiesen empleado un abrelibros, sino algo menos delicado. Descartando a este medio millar de hampones, ya tiene una pista, Steve. Un cortapapeles con una margarita.

—*Cherchez la femme!* —exclamó, triunfalmente, Steve Prescott.

—Eso es: «buscad a la mujer»... Cosa fácil. Vaya buscándola ya entre el aproximado centenar que tenían fundadas razones para desear clavarle no ya un cortapapeles, sino centenares de flechas envenenadas. Y, por último, Steve, le voy a relatar mi primer caso, para que saque el correspondiente migajón. Hace nueve años, yo era el ayudante del tercer auxiliar del inspector segundo de la sección auxiliar del contraespionaje. Me invitaron a echarle un vistazo a una morena preciosa, agente nuestra. Había sido un portento de vampiresa, pero cuando la vi estaba algo afeada, de resultas de una media de seda que le rodeaba muy apretadamente la blanquísima garganta. Total, que en viendo la media, yo también bramé: *Catch the girl!* Y el inspector demostró que la había estrangulado el tendero de la esquina, un varón barbudo y celoso. Una manera de despistar, ¿me comprende, atlético energúmeno y colega?

—Espero hacerme digno de la última cualidad, señor, ya que las otras dos cualidades ya las poseemos ambos —rio, satisfecho, Prescott.

—Va progresando, Steve. Ya sabe hacer chistes malos.

Un policía alemán entró presentando una hoja de block a Dickson, que en voz alta leyó el informe preliminar del forense germano.

Las vísceras del comedor de ostras y bebedor de ron revelaban la existencia en mezcla de diversas drogas soporíferas.

No una sola droga, sino varias y de efectos fulminantes.

Guardando el informe, comentó Dickson, levantándose:

—Como con Rasputín, quisieron también asegurarse de que no fallaría la droga, porque la resistencia a la bebida, golpes craneanos y cuchillazos que tenía Scar Murray era proverbial. Gracias, colega. Dígame al doctor que ya le enviaré la furgoneta con el debido permiso para recoger al difunto Scar Murray.

En el «Adler», empuñando el volante, Guy Dickson silbaba entre dientes mientras conducía.

Steve Prescott insinuó:

—Todo es intrigante en Murray, además de su muerte. ¿Por qué llevaría en su cinturón la chapa de identidad que le remitieron a usted, capitán?

En el primer registro efectuado expertamente para no alterar el aspecto del cuerpo al ser recogido, la policía alemana había hallado en el cinturón una funda plana.

En su interior había una placa de bronce, cuadrada. Grabada por sus dos caras, denotando labor de buen aficionado. En el anverso se leía:

«Yo, Scar Murray».

En su reverso:

«Remitan al capt. Dickson»,

El coche penetraba por el centro del sector neutral de Berlín, cuando manifestó Dickson:

—A la pregunta hecha por usted a las ocho y cincuenta sería preciso un par de días para contestarla adecuadamente. La principal razón por la que Scar perdió su tiempo grabando nuestros nombres en esta chapa que guardo como emocionante recuerdo, es que le constaba que de no matarlo yo, me interesaría sobremanera averiguar quién me privó de este placer. Vamos a trabajar juntos este caso, Steve. De momento usted no me perderá de vista la residencia de dos señoritas de clase superior, en todos los sentidos: bonitas, inteligentes, espirituosas... Se llaman, respectivamente, de apellido, Roland y Montel. Son inseparables... La rubia se hace

llamar Margot Roland, para diferenciarse de Marguerite Montel, que se hace llamar Marguit.

—¡Cáscaras! —resopló Prescott.

—Eso es. Tiene cáscaras que esas dos Margaritas fueran conocidas de Scar Murray. En fin, como ve, es un asunto sencillo, Steve.

Suspiró Prescott. Ya le habían dicho al tomar el avión en París, vía Berlín, que en la misteriosa tela de araña que era el Berlín de la guerra fría los misterios se urdían y trenzaban constantemente en complicada madeja.

Y del caso que el capitán Dickson estimaba sencillo, él solo veía un cadáver de luchador, un cortapapeles con un disco de oro y dos margaritas grabadas.

Y otras dos Margaritas que tenía que acechar...

CAPÍTULO III

Margot Roland apretó con fuerza el cinto de su impermeable, y por rara excepción no fue además de coquetería destinada a hacer resaltar la finura del talle y la prodigiosa esplendidez del busto.

En sus azules ojos había fría decisión al repetir:

—Es preciso hacerlo, Marguit. Serán solo unos instantes angustiosos que pasarán pronto. Ambas somos fuertes, deportivas y decididas.

Marguit Montel no podía apartar la vista del hombre tendido boca arriba en la alfombra, cuya lisa blancura se adornaba con caprichosas flores rojas que poco antes no tenía la alfombra.

La negrura de los grandes ojos de la deliciosa corresponsal de un periódico parisiense contenía densidad de emociones: miedo, asombro, incredulidad...

Se levantó del mullido sillón, yendo hacia la mesa servida para tres comensales. Una cena fría que habían dejado allí los camareros enviados desde el «Frederick Hotel».

Marguit Montel tomó con mano temblorosa una de las aflautadas copas en la que Margot Roland escanciaba champaña, y ambas bebieron anhelosamente el rubio líquido.

Procuraban no mirar el inerte cuerpo masculino, que seguía manchando con su sangre la pulcra alfombra.

Marguit Montel se dirigió a la antesala para regresar abrochándose el abrigo deportivo que camuflaba su silueta muy femenina.

El bonito rostro de Margot Roland hasta entonces endurecido de facciones, se distendió en mueca que quería ser manifestación de indiferencia, y fruncida la carnosa boca, dijo:

—Mientras voy al garaje, deberías colocarle algo en torno del cuerpo a Ulric... para evitar que deje manchas en el tapizado del coche. No seas tan pusilánime, Marguit.

Apuntaba Margot Roland hacia el suelo, más allá de la mesa, donde la cristalería y vajilla destellaban sobre el precioso mantel calado y las pocas flores esparcidas en adorno.

Marguit Montel, negando con la cabeza, afirmó:

—Yo no me quedo aquí sola. Voy contigo.

Su amiga alzó los hombros, impaciente, y ambas abandonaron el comedor atravesando la antesala. Al salir del departamento aconsejó Margot Roland:

—Por favor, sonrío un poco, Marguit, o llamarás la atención.

Pero el conserje nocturno era el único espectador que presencié la llegada de las dos mujeres al vestíbulo, y les dedicó un saludo ceremonioso y profesional.

Si bien mentalmente les dedicó rotundos piropos que emitidos en voz alta le habrían valido además de bofetones femeninos, una expulsión inmediata por relinchar estando de servicio en el distinguidísimo albergue residencial del número 66 de Bismarck Strasse.

El «Cadillac» azul conducido por Margot Roland remontó la rampa del garaje interior de la residencia de pequeños departamentos amueblados, y salió a la principal arteria del elegante barrio berlinés.

Viró en Mariendorf, para penetrar en los abiertos jardines del parque posterior a la residencia.

Los empleados en la residencia eran sumamente discretos, y mucho más transcurrido el turno diario de servicio, que se consideraba prácticamente nulo a partir de las diez de la noche.

El «Cadillac» se detuvo frente a la terraza posterior de uno de los departamentos, y Marguit Montel murmuró entrecortadamente:

—Me falta el valor, Margot. No seré capaz de... ayudarte a transportarlo.

—Vinimos juntas, y juntas nos iremos, querida —rebatíó, con cierta estridencia en la voz, la rubia francesa—. Y cuanto antes terminemos, mejor. No es ahora momento de remilgos.

Andando como un autómatas, siguió Marguit a su amiga, que sacó el llavero para abrir la puerta trasera del departamento «A3».

Al llegar al comedor señaló Margot al hombre tendido.

—Si se mancha el tapizado, ya lo lavaremos. No seas niña y compréndelo. Es preciso ponerle en pie. Si alguien nos ve llevarle así hasta el coche no sentirá la menor extrañeza. No sería la primera vez que le siente mal un pequeño exceso a un bebedor.

Hablando, se había arrodillado junto al cadáver asiéndole por un brazo.

Marguit Montel musitó:

—Me pasma tu serenidad.

—Suerte que la poseo en los momentos adecuados. Ayúdame cogiendo del otro brazo... ¡por favor!

Marguit Montel apenas tocó el brazo inerte cerró los ojos y, apretados los labios, hizo como su amiga: deslizar su hombro bajo la axila masculina.

Le pareció que Ulric Olinski, el luchador polaco, pesaba ahora con la tétrica rigidez de una viga de plomo.

Tuvo que abrir los ojos, y vio de soslayo la cabeza que se reclinaba sobre su hombro.

Al otro lado del cuerpo que arrastraba los pies, dobladas las rodillas, dijo su amiga:

—Solo unos minutos, querida. Ten valor.

Apresuraron el paso, enlazadas cuello y hombros, por los brazos masculinos, sosteniendo por la cintura al que en vida había sido el guapo luchador Ulric Olinski.

Los minutos empleados en recorrer la corta distancia hasta el coche, abrir la portezuela y desprenderse del peso muerto, resultaron dilatados en siglos de interminable duración para Marguit Montel.

Fue a sentarse junto al volante, porque sentía temblores por todo el cuerpo.

Atrás, Margot Roland tuvo que empujar las piernas de Ulric Olinski, hasta lograr que, dobladas, permitieran cerrar la puerta.

Olinski quedaba ahora reclinado contra la otra portezuela.

Ostentaba en la blanca camisa del *smoking* una rojiza viscosidad que hacía resaltar el disco de oro con dos margaritas, prendido en su solapa izquierda.

Regresó Margot al volante, puso el contacto y, al arrancar el coche, comentó:

—A las once cierran las verjas del jardín, y hemos tenido suerte, porque si eso ocurre más tarde, hubiéramos tenido que llamar al conserje.

—Vuelvo a decirte que es mucho más sensato confesárselo todo al coronel —balbuceó Marguit.

—El coronel es un hombre de mundo, un inteligente diplomático, y comprensivo, pero hay cosas que no pueden

decírsele. Esta, por ejemplo...

Y con leve retroceso de la cabeza señaló Margot hacia atrás.

El «Cadillac» recorría la gran arteria que unía el centro y sudoeste berlinés, solo cuando el Unter der Eichen se prolongaba en Postdammer, susurró Marguit Montel:

—Si detienen el coche, estamos perdidas.

—No seas tonta y recupera tu sentido común.

La conductora señaló el banderín ondeando a un lado del parabrisas: los colores franceses con la estrella y emblema del Estado Mayor.

Era cómodo a veces tener por hermano al coronel de Estado Mayor Henri Roland.

Cada vez que las luces iluminaban de lleno el «Cadillac», Marguit Montel se encogía en el asiento cerrando los ojos.

Cuando el coche, abandonando Postdammer, remontaba al norte por la Argentinische Alley, comentó Marguit Montel:

—Este paseo es horrible. Me dijiste que dejaríamos el cuerpo en cualquier sitio, y estás conduciendo por las calles principales.

—No hay ahora señales de tráfico, y además considero muy necesario este rodeo. Nunca se sabe, y puede que alguien nos siguiese... ¡No seas necia, Marguit! No me refiero a la policía, sino al Servicio Secreto. Se interesan mucho por Henri, pero si nos ven a ti y a mí... solas, abandonarán su labor de anotar cómo emplea el tiempo mi hermano.

Mirando por el retrovisor, afirmó Marguit Montel, trémula:

—Un coche nos sigue.

—El tráfico es libre. Ya falta poco, y tan pronto lleguemos al Volkspark, hay un túnel...

—¡Te digo que este coche negro ya nos seguía en Postdammer!

A unos cinco metros seguía un «Adler».

—Es una desgracia que no sepas dominar tus nervios, Marguit. Cualquier coche se te antoja que...

Se interrumpió Margot Roland, frenando bruscamente.

A la entrada del túnel bajo el puente por donde pasaba la línea del ferrocarril, había un jeep detenido, y en el centro de la avenida, un policía militar con el brazal «MP» alzaba una mano elocuente.

Marguit Montel, con una sonrisa crispada en los labios, miró a otro de los «MP», el inglés del cuarteto.

La sonrisa era nerviosa, pero el británico la juzgó un compendio de femenina exquisitez, y marcialmente la agradeció llevándose la diestra a la visera de su gorra militar.

En la otra ventanilla, Margot Roland, en inglés correcto, dijo con sequedad:

—Está muy visible el banderín, joven.

El «MP» yanqui, tocándose el reborde del blanco casco redondo, replicó:

—Mil perdones, señora, pero es mi obligación, y estoy de turno. Circulan coches con banderines falsos. Mil perdones, y buenas noches.

Arrancó el «Cadillac» penetrando bajo el puente, y el policía americano, deteniéndose junto a su compañero de servicio, el francés, dijo, guiñando un ojo, y en catastrófico francés:

—¡Vaya par de doncellas compadre!

—Muy apetitosas. Puesto a elegir, no sabría si quedarme con la rubia Margot o la morena Marguit...

Se calló porque el policía americano acababa de dirigirse al centro de la calzada, levantando una mano, para detener a un coche «Adler» de color negro.

Conducía un «mastodonte», pensó. Un mastodonte sonriente, vestidos los anchos hombros en canadiense *beige*, y cubiertos los castaños cabellos por un sombrero impermeable, también *beige*,

Con sonrisa amable mostraba en la abierta diestra un portacarnets, uno de cuyos compartimientos de mica en abanico, encuadraba el permiso de circular a todas horas y por todas las zonas.

En voz alta leyó el patrullero:

—«Prescott, Steve. Central Intelligence Agency»... —y se interrumpió también sonriente para agitar la mano, añadiendo—: Adelante, y buen viaje.

El «Adler» penetró a toda velocidad bajo el puente, y el policía francés ultimó:

—Estaban deliciosas las dos cuando las vi por primera vez. Era en un festival dado en honor de la policía militar, y había una tómbola donde ellas dos, entre otras, vendían papeletas. Si llegan a rifar un beso con derecho a achuchón, me quedo sin paga dos años, y además me encarcelan acusado de femenicidio por asfixia.

CAPÍTULO IV

Steve Prescott aceleró el «Adler» al abandonar el paso subterráneo y concentró su máxima atención en el puente que a trescientos metros silueta su férreo armazón colgante sobre el río Spree.

Pero no había rastro del «Cadillac», y apretó a fondo el acelerador. Doscientos metros más allá, la avenida se bifurcaba en varios callejones laterales.

Por cualquiera de ellos podía haberse colado el «Cadillac».

Descendiendo el puente, los faros iban iluminando el asfalto sin ver luz piloto por el lado que exploraban.

—¡Cáscaras! —farfulló, indignado, Prescott.

Lo estaba, pensando en Guy Dickson, si tenía que ir a comunicarle que en su primera misión consistente en no perder de vista las posibles salidas del «Cadillac» azul del número 66 de Bismarck Strasse... lo había perdido de vista.

—Estos condenados policías militares, siempre entorpeciendo el tráfico... Hay que decidirse, compañero. Ellas han volado por alguna de estas calles. ¿Cuál? ¿Izquierda? ¿Derecha? ¡Der...!

El «Adler» penetró como una exhalación por la calle a la derecha, que iba a desembocar al extenso Wolkspark.

Steve Prescott silbó satisfecho. Al final de la calle, pasaba junto a un camión parado, el «Cadillac» virando a la izquierda.

—*Audaz fortuna juvent*, o algo por el estilo, compañero. La decisión rápida es la madre del cordero en este asunto de seguir pistas. ¿Dónde cáscaras irán estas dos cabecitas locas?

El «Cadillac» corría ya por la recta de la autopista paralela al curso del Nordamm-Kanal.

El «Adler» se mantenía un centenar de metros atrás, porque en la larga recta no había necesidad de aproximarse más.

Frenó Prescott cuando vio estabilizarse la luz piloto del «Cadillac», tras haber señalado detención la flecha lateral luminosa y repetirla la luz gemela en tamaño a la piloto.

Apagó Prescott los faros, se quitó el sombrero, y al bajar estaba ya su canadiense echada sobre el sombrero.

El traje gris oscuro era buen cómplice de su avance corriendo sobre la punta de los pies en los trechos entre farolas y pasando con fingida lentitud bajo el halo iluminado.

Las dos mujeres habían bajado del coche, y estaban ya descendiendo los escalones a un lado de la acera. Habían elegido el sitio más oscuro para detener el «Cadillac».

A la distancia de cincuenta metros, en una de sus carrerillas, le pareció a Prescott que ambas mujeres estaban encorvadas por el peso de un largo fardo que transportaban entre las dos.

Cada doscientos metros, un rellanoabierto en la balaustrada del malecón sobre el río daba descenso a los muelles bordeando el canal.

Las barcazas planas llevaban otras a remolque que solían desprender para efectuar su descarga en los cobertizos de los diversos almacenes establecidos por la ribera.

Pero el trecho elegido por las dos misteriosas viajeras era semejante a uno de los muelles parisienses que elegían los enamorados, iba pensando Prescott al irse aproximando al detenido «Cadillac».

Quería cerciorarse de que no había nadie en el interior que pudiera verle acechar a las dos mujeres y confundiese las honorables intenciones de un miembro novato del Servicio Secreto con otras menos honorables.

Miró por la ventanilla posterior, junto a la acera. La luz del cuadrante delantero desparramaba fulgores con suficiente amplitud para comprobar que no había nadie más en el interior del coche.

Se inclinó repentinamente, casi chocando de frente contra el cristal. Abrió la portezuela, que solo estaba encajada, demostrando que la habían cerrado con prisas o no disponiendo de las manos.

Se inclinó sobre la alfombra, entre el respaldo delantero y el asiento posterior. Aquella mancha era muy llamativa. Aquel combinado de colores le había chocado a Prescott,

No podían ser de carmín. Y eran demasiado irregulares para pertenecer a la urdimbre de la alfombra.

Prescott colocó el índice sobre una de las manchas para comprobar si eran de barro reseco.

Rojizo y untuoso quedó el brillo en la epidermis de su yema.

La sangre propia y la ajena no le causaban repugnancia ni

vahídos, porque la había visto en grandes dosis allá por ciertos islotes de lo que se decía que era el idílico rosario de atolones de los Mares del Sur. Miró la sangre en hilera de gotas... y cerró suavemente la portezuela, pensativo.

En el tiempo transcurrido entre su mirada a la ventanilla y el descubrimiento de las brillantes manchas del felpudo, y el momento en que se enderezó para cerrar meditativo la portezuela, no había estado en física situación de poder percibir la corpulenta sombra que se había aproximado.

Un hombrón calzado con zapatos de suela de crepé.

Al volverse, Steve Prescott sintió que algo blandísimo se aplastaba contra su nariz y boca.

A la vez, algo chocaba contra su estómago en el punto anatómico llamado «plexo solar».

Contra su boca y nariz, el blando sofoco del algodón impregnado de olor punzante, acabó de noquearle, impidiéndole respirar, asfixiando sus amplios pulmones.

Una bandada de jilgueros trenzó coronas de lejanos silbidos en torno a las sienes de Steve Prescott, doblemente K. O. en la primera misión que le había encomendado Guy Dickson.

Un reloj de torre campanilleó el primer toque de las once.

* * *

El último toque de las once campanadas volvió a sumir en quieto silencio susurrante el muelle en cuyo bruído empedrado Ulric Olinski, tendido boca arriba, era una sombra más.

Destacaba solo el blanco rostro y el color rubí fluyendo por la tela negra del *smoking*.

Margot Roland acababa de extraer el cortapapeles que había limpiado en el *smoking*.

Reclinada contra el muro, a tres metros del borde del canal, Marguit Montel, respirando con dificultad, susurró:

—Yo no puedo más, no puedo más... Me es imposible ayudarte a... tirar al agua a Ulric... ¡No puedo más!

A su lado, la rubia francesa alzó los hombros, exasperada.

—Nos hemos cansado bajando las escaleras, pero tan pronto recobres el aliento normal me ayudarás.

—Te digo que he oído perfectamente dos coches detenerse, uno

tras otro, a poca distancia.

—Lo más natural te parece sospechoso. También por Berlín, y te consta, las parejas buscan sitios tranquilos para flirtear.

—Vámonos, Margot, vámonos — apremió, convulsa, Marguit Montel.

—Yo sola no puedo arrastrar hasta el borde...

Se interrumpió, porque su amiga se dirigía hacia los peldaños, caminando nerviosamente.

Corrió Margot Roland, asiendo por el codo a la que estaba ya en el segundo peldaño.

En voz silbante especificó:

—Hemos estado juntas desde un principio, querida. Ya solo nos queda terminar.

Con triste sonrisa, brillantes los ojos, replicó la morena periodista:

—Siempre has mandado en mí, pero ya estoy harta de obedecerte. Te parecerá estúpido, pero carezco de la crueldad que se precisa para arrojar al agua a un muerto... Da lo mismo que lo encuentren aquí o lo encuentren flotando... ¡Suéltame!

Siguió subiendo, y tras un instante de vacilación, la imitó Margot Roland, entrando en el «Cadillac» poco después.

Miró atrás, bajó de nuevo, y la vio Marguit Montel acercarse al malecón llevando entre las manos un rollo que arrojó lejos con fuerza.

Al empuñar el volante, comentó Margot Roland:

—La alfombra tenía sangre... El agua la lavará.

Hubo un tenso silencio, hasta que observó la periodista:

—No sigues el mismo camino que antes.

—Es preferible rodar unos kilómetros más para no volver a encontrar la patrulla militar. Y ahora escúchame con mucha atención, Marguit. Si por alguna casualidad la policía averiguase que Ulric Olinski llegó antes de las diez a nuestro departamento, no lo podremos negar. Declaramos que estuvo unos minutos, y que nos disponíamos a cenar cuando le llamaron por teléfono y nos dijo que le era preciso irse inmediatamente. Y se fue. No nos dijo adónde. ¿Me sigues, querida?

—Te oigo perfectamente.

—Entonces, nosotras decidimos ir al «Gaumont» a ver los

noticiarios franceses. Tengo pase como tú y, por lo tanto, ninguna taquillera tiene la obligación de recordarnos.

—Hay acomodadoras.

—Nos gustan las últimas filas, y nos instalamos nosotras mismas. ¿Entendido?

—Hacia las diez telefonearon a Ulric, que se fue. Nosotras fuimos al «Gaumont».

—Y ahora vamos al «Crystal».

La mención del club nocturno adonde iban con frecuencia, sobresaltó a Marguit Montel.

Era allí donde habían conocido a Ulric Olinski.

Dijo mansamente:

—Tengo el mismo interés que tú en que no nos relacionen con la muerte de Ulric, pero insisto en que hubiera sido mejor contárselo todo al coronel.

—Mi hermano ha de estar por completo ajeno a todo. Si cometes la menor indiscreción... óyeme bien, Marguit, ¡te juro que lo lamentarás!

Marguit Montel sabía que su íntima amiga era decidida y calculadora. Pero en aquel instante comprendió también que su amiga era capaz de matar a quien se interpusiera en su camino, ya fuese Ulric Olinski o ella misma.

Contestó gravemente:

—Puedes estar tranquila, Margot. Vuelvo a ser la de siempre.

El «Cadillac» quedó aparcado ante el «Crystal».

Fueron muchos los concurrentes de diversas nacionalidades, y distintos uniformes entre los *smokings* y trajes oscuros que se fijaron con apreciativa complacencia en las dos muchachas que, sonrientes, charlaban con expresión divertida.

* * *

Lo primero que se imaginó Steve Prescott es que se hallaba envuelto entre masas de plumón de ganso. Después decidió mentalmente que aquellos plumones eran macizos.

Podía ser un bote neumático de desembarco, demasiado hinchado, el que le estaba produciendo la sensación de que se elevaba en el aire.

No estaba en el aire sino sobre el mar, porque le mecían las olas,

suavemente, pero dándole mareo.

Después pestañeó, comprobando que los párpados le pesaban y que todos sus rizos se habían convertido en finísimos caracolillos de alambre cuyas puntas le barrenaban el seso.

Chasqueó la lengua, muy apenado consigo mismo.

Ya no sabía distinguir entre la copa que alegra y el copazo que apuntilla.

Removió la lengua estropajosa, y cuando por fin consiguió concentrar sus sentidos, disminuyendo los parpadeos, se estremeció.

Tenía frío, y era a causa del relente entrando por la abierta ventanilla del coche y que le daba en la nuca.

Estaba sentado de lado sobre el asiento delantero, con los pies apoyándose junto a la portezuela opuesta al volante, rodillas en alto, colgándole el brazo derecho al otro lado del respaldo.

Estaba entumecido, y al recuperar la posición normal del conductor se asió al volante, permaneciendo unos segundos, crispado el rostro, con mueca dolorida.

El desplazamiento le reavivaba las agujetas en el cráneo, hincándole alambres y púas.

—¡Condenación!...

Cerró de nuevo los ojos, encogiendo el pescuezo, porque la imprecación le había proporcionado unos golpecitos de martillo por todo el cuero cabelludo. A toquecito por sílaba.

Era peor que una borrachera a destiempo aquel despertar, porque... tendría que justificarse ante el capotán Dickson.

Prefirió pensar en sí mismo.

No le habían quitado nada. Sombrero y canadiense estaban caídos, pero no los recogió porque estaba seguro de que si pretendía bajar la cabeza tardaría una hora en volver a levantarla.

Miró su calendógrafo, que le transmitió la idea que, en aquel viernes de mayo, con dos minutos más, serían las cuatro y media.

No le hacía falta ningún instrumento para transmitirse a sí mismo un mensaje.

—Estás atontado, completamente idiotizado, compañero —y hablaba suavemente, con mimo—. Hay que irse a dormir. Es lo único que ves clarísimo.

En circunstancias normales, fueran peligrosas o plácidas, solía tener un cerebro pasablemente despierto, dada su condición de

luchador adscrito al Servicio Secreto.

Pero en aquellos momentos, viendo en torno tinieblas y plata lunar, solo percibía una completa confusión mental.

Le costaba trabajo coordinar lo más sencillo. Indudablemente llegaba a dos conclusiones: se hallaba en el «Adler»... y estaba vivo.

Era consolador... si no tuviera que enfrentarse con Guy Dickson, en un ring donde tenía todas las de perder: el ring verbal.

Encendió los faros, y a unos veinte metros vio la terraza del lago Tegel. La anchísima terraza se identificaba por sus dos grandes estatuas ecuestres cuyo mármol relucía por la luz de las antorchas que llevaban encendidas los dos jinetes petrificados en arrogante postura.

Dos jinetes... Dos muchachas bajando con algo pesado por una escalera hacia un muelle...

—Estás viendo el lago Tegel, compañero. Un lugar muy concurrido por el día, y que dista al menos un kilómetro del Nordamm-Kanal, donde viste a las dos nenas llevando un fardo.

No le hacía falta consultar el plano para reconocer la alameda del Tegel. Lo que sí le estaba haciendo falta urgentemente era llegar al sitio donde encontraría la cama.

Someter su cráneo a mayores presiones no servía de nada. Solo estaría en condiciones de pensar acertadamente al día siguiente.

Bueno; en aquel mismo viernes, puesto que eran más de las cuatro y media de la madrugada.

Condujo con mucha precaución convertido en un robot que, dotado de la facultad de pensar en algo, solo pensase en dormir profundamente, agotado hasta el último tornillo de la maquinaria.

Dormir, eso era lo esencial. Le aumentó el dolor de cabeza pensar que en Berlín había un colega y superior llamado Guy Dickson.

Hubiese preferido retroceder seis años y tener que enfrentarse con un tenedor a un pelotón de japoneses disparándole morteros en círculo cerrado.

Cuando se tendió sobre algo blando y muelle que identificó como el diván-cama, dejó de pensar en dormir.

Roncaba profundamente, con extraños ronquidos, a pleno pulmón.

CAPÍTULO V

Steve Prescott se despertó con la sensación de que, tras subir hasta una cima cubierta de nieve, le aplastaba una manada de bisontes enfurecidos. Después, sintió algo blando contra su cara.

Imprecando, apartó con brusquedad la toalla mojada.

Se sentó en el diván, y volvió a aplicarse la toalla, para no ver al individuo sentado a caballo sobre una silla y que con el respaldo contra el pecho estaba diciendo respetuosamente:

—He de manifestar al señor que son las once y cinco de la mañana del viernes. Me he visto obligado a despertar al señor porque sus ronquidos retumbaban en el vecino, despacho.

En pie, Steve Prescott se tambaleó unos instantes, antes de dirigirse en línea recta hacia la nevera del rincón.

Extrajo un botellín de cerveza, hizo saltar el casquillo y apuró el fresco líquido.

La segunda cerveza pasó con menos rapidez por su garganta.

—Notifico al señor que me tomé la libertad de introducirle entre los dientes, rumbo a los fondillos, un combinado de jugo de naranja y sales efervescentes. Nada es mejor que el antedicho combinado para despejar las olas de la resaca.

Acercándose al diván-cama, y empezando a despejarse, suspiró ruidosamente Steve Prescott,

Desde su silla. Guy Dickson aconsejó:

—Si ha bebido como un hipopótamo, le recomiendo verifique unas cuantas evoluciones bajo la ducha. Si consigue dar una media vuelta completa, y caminar cuatro pasos hacia aquella puerta abierta, dejándola tal como está, encontrará tubos niquelados y grifos. Abra el correspondiente.

—Gracias, mi capitán —refunfuñó Prescott, siguiendo las instrucciones.

Bajo el chorro de la ducha trataba de coordinar en forma lógica y breve su informe.

Cerró el grifo empezando a secarse vigorosamente.

Fuera del marco abierto, la silla había avanzado, y la voz de su superior indicaba:

—Cuando pille otra papalina venga a dormir provisto de un silenciador. Venden unos que encajan bien entre muelas y fosas nasales. Y sobre todo recuerde el lema del almirante tuerto: «Bebed para robustecer el ánimo, sin embruteceros más de lo natural.»

Del armario extrajo Prescott una muda interior, y al prolongarse el silencio aseguró, rabioso:

—¡Oiga, vaya, que no es lo que usted se ha pensado, mi capitán!

—¡Maravilloso, maravilloso! Me han encasquetado por ayudante a un joven dipsómano que adivina el pensamiento. Ya que posee esta facultad, joven Prescott, se habrá dado cuenta que la duda invade mi mente. Estoy en un dilema espantoso: ¿le mato a tiros o lo devuelvo a París, joven Prescott?

En calzoncillos y agitando un calcetín para dar mayor eficacia a su protesta, Prescott salió del cuarto de baño.

—Oiga: palabra que no es lo que usted se imagina, ¡cáscaras!

El índice de Dickson apuntaba hacia una mesita, y Prescott se abalanzó como un dogo sediento hacia el hornillo eléctrico sobre el cual una cafetera emitía su silbido de aviso.

Y al apurar la taza sonrió Prescott, cariñosamente agradecido.

Pero se le truncó la sonrisa.

Había miradas de capitán que valían por múltiples condenas de muerte. Miró Prescott por encima de la cabeza de Guy Dickson al informar:

—Obedeciendo su orden permanecí ante el número 66 de Bismarck y vi salir el «Cadillac» azul, conducido por Margot Roland, a cuyo lado estaba Marguit Montel. Daban la vuelta por Mariendorf cuando arranqué con el «Adler». Habían entrado en el parque posterior a la residencia y volvían a salir. Eran las diez y cuarto.

—O sea que el «Cadillac» salió por delante y se internó por el parque y volvió a salir —resumió fríamente Dickson, cerrados los ojos.

—Sí; señor. No me ordenó usted que entrase y, por lo tanto... esperé a que salieran.

—¡Soberbio! Prosiga.

—Seguí al «Cadillac» a prudente distancia, deteniéndome cuando las detuvieron en el puente marcado «doble cruce Siemens» en el plano. Me detuvieron también, pero el policía militar era paisano nuestro. Y continué siguiéndolas, pero no las veía... Total,

que las volví a ver.

—¡Fantástico! Lo expone tan a lo vivo que es como si me encontrase a su lado. Prosiga.

—Se detuvieron a unos cien metros, en la Nordamm. Bajaron del coche, y me pareció que entre las dos llevaban algo pesado. Corriendo con disimulo llegué al «Cadillac», y echando un vistazo por si había alguien, vi claramente unas manchas. Eso es.

—Ya. Y se apresuró a limpiarlas por galantería.

—Eran de sangre, señor.

—¡No me diga! Se pone macabro su relato, joven Prescott, Prosiga con el mismo estilo gráfico.

—Pues verá usted... Me volví y pasó algo risible. Bueno, y también penoso. Supuse que Joe Louis me atizaba un gancho en corto en toda la boca del estómago y me colocaban algo sobre la cara.

Suspirando, terminó Prescott:

—Me desperté a las cuatro y media.

—¡Espléndido! O sea, y espero no parecerle un cretino, que, si he asimilado su clarísima exposición de los hechos, hacia las once de la noche le atizó Joe Louis un gancho y, además, le puso algo sobre la cara. Y usted se echó un sueñecito de cinco horas y media para celebrarlo.

—Lo siento, señor. Palabra que lo siento. Pero ya me doy cuenta de que me cloroformizaron.

—Era éter. No me mire con repentina sospecha, porque no fui yo quien se lo administró. Ha dejado huellas de éter por el diván, y por esto le recomendé una ducha. Sigamos. A las cuatro y media se despertó usted.

—Y me habían trasladado con el «Adler» a una alameda cercana al lago Tegel.

—Sitio pintoresco y precioso; pero corríjame si me equivoco. Le ordené que se instalase frente al 68 de Bismarck, y apenas saliera un ««Cadillac» azul, lo siguiese procurando no ser visto. Pero ha extremado usted la prudencia. Es excesiva prudencia no dejarse ver durante cinco horas y mecha.

—Lo siento de veras, señor.

—A lo mejor, se acuerda usted del sitio donde se detuvo el «Cadillac».

—Aproximadamente a unos tres minutos del puente colgante marcado «3VE» en el plano.

—Gracias, colega. Las jóvenes que iban en el «Cadillac» corresponden, supongo, a las fotografías que le entregué de Margot Roland y Montel.

—Sí, señor.

—Y, según usted, llevaban al parecer algo pesado al abandonar el coche.

—Sí, señor.

—¿Un tanque? ¿Una grúa?

—Llevaban algo así como un saco largo, oscuro...

Poniéndose en pie, sonrió Dickson amablemente.

—El saco largo y oscuro se llamaba Ulric Olinski, luchador polaco. Me avisaron a las tres cuarenta de la madrugada desde el Depósito. Porque Ulric Olinski no llevaba cortapapeles, pero sí la misma herida mortal que Scar Murray, y también fue hallado en un muelle junto al río. Sin señales de lucha. Gracias a usted, ya sabemos que fueron Margot y «bis» las que lo depositaron allí. Ahora tratemos de averiguar quién le sopló el éter. ¿La rubia Margot o la morena Marguit?

—¡Oh, no, señor! No era una chica, ni hablar... Me atizaron un mazazo que era clásico gancho científico...

—Bien. Acabe de vestirse. Y no se preocupe por los mazazos científicos. Hubiera sido para mí un desencanto verle atravesado por un cortapapeles. Hubiera sido algo así como una estafa, joven Prescott. Es mi deseo más ferviente, que si muere usted violentamente no me dé horas extraordinarias de trabajo; y sepamos ya desde un principio quién le eliminó. Supongo que seré yo mismo.

Sonrió Dickson, y Prescott le imitó. Con una diferencia de matiz. El capitán Dickson sonreía como un verdugo aburrido.

CAPÍTULO VI

Ya vestido del todo, se disponía Prescott a ir al despacho, cuando varió de rumbo. Sonaba el timbre de la puerta y fue a abrir.

Entró con aplomo una mujer llamativa, aunque vestida con un modelo de alta costura.

Apareció tras ella un individuo de rostro, estatuario y amplias espaldas. Caminaba con felina elasticidad sobre las suelas de crepé de sus zapatos deportivos.

Vestía de franela gris, con sobria elegancia.

Al cerrar la puerta con las espaldas saludó Prescott:

—Buenos días. ¿A quién tengo que anunciar?

La rubia de aniñado semblante sonrió repentinamente, en gracioso mohín maquinal. El individuo que la acompañaba permaneció taciturno, sombrío.

—Me alegro mucho de encontrar a un compatriota. Nos dijeron que esta agencia era internacional, y que un cliente podía entenderse sin necesidad de intérprete. ¿Es usted Guy Dickson?

—No, señora. Soy su ayudante. Si me permiten un momento, iré a avisarle. Les ruego me excusen.

Se sentó ella, y su acompañante permaneció en pie, a espaldas del sillón en el recibidor de la «Agencia Internacional».

Steve Prescott, atravesando en tromba el *living*, penetró en el despacho.

—¡Oiga, capitán! ¿Sabe quién está esperando? ¡La propia Olga Lenox! Pero viene con un tipo que no es nada de fiar.

—¿Sí?

—Verá... La conocí al instante por las fotos. Unas piernas que hablan... Es Olga Lenox, la estrella de cine. Y también por fotos conozco al que la acompaña. Es Rex Cutler, el campeón que se retiró hace unos años. Dio mucho que hablar en Nueva York.

—También leo periódicos. Según parece, Rex Cutler no ha sido aún fichado, pero la policía lo clasificaba como un Adonis melancólico, un guapo *gangster*, al retirarse de la lucha... Vaya a enchufar el magnetófono, Prescott.

Pasó Prescott al compartimiento cuya puerta cerraba a espaldas

de Dickson, que fue a abrir la que comunicaba con el recibidor. Lo primero que vio fueron las magníficas piernas de la estrella de cine.

Miró después la melancólica expresión del luchador *gangster*.

A la muda invitación, pasó ella, diciendo sin volverse:

—Espérame, Rex.

Cerrando la puerta, pasó tras la mesa Dickson, y ella instalada, abrió una pitillera. Tendió Dickson el encendedor de mesa.

Un rostro delicado, grandes ojos verdes, boca de mucha movilidad, lozana madurez oculta por sabio maquillaje, y un cuerpo precioso, fue detallando Dickson.

La rubia estrella exhaló un poco de humo, volvió a sonreír maquinalmente, y dijo:

—Es usted joven, Dickson.

—Por ahora sí. ¿En qué puedo serle útil?

—Usted es norteamericano.

—Eso me certificaron mis padres.

—Me dijeron que esta agencia, dirigida por Guy Dickson, tenía detectives políglotos y eficientes.

—¿Qué idioma y eficiencia le interesan, señora?

—¿Por qué «señora»?

—Lo es usted desde la seda del cabello hasta el breve pie. Y por último, lleva una alianza.

Ella sonreía maquinalmente, pero sus ojos escrutaban analizadores...

—Un recuerdo que no me decido a abandonar. Obsequio de mi primer marido. Es precisamente por su causa por lo que hemos venido.

—¿Hemos?

—Me agrada su concisión. Me refería a Rex Cutler. Es mi secretario. Es inteligente y fuerte. Poseo joyas valiosas, y una vez fui víctima de un chantaje peligroso referente a mi marido.

—¿Cuál de ellos, señora?

—Es simpático su correcto descaro. Suelen serlo todos los detectives. ¿Me conocía, que sabe que me divorcié dos veces?

—Leo periódicos, y las fotos de damas como usted son mi lectura predilecta. Decíamos que uno de sus maridos...

—El primero, que era polaco de nacimiento, y le conocí en Londres antes de partir contratada en Broadway. Por entonces, yo

era primera actriz de comedias musicales, y al aceptar el contrato impuse como condición que actuase de bailarín acrobático mi primer marido, Ulric Olinski.

Hizo ella una pausa examinando con mayor fijeza a Dickson. Y este saco una rápida conclusión. No era curiosidad lo que expresaban los ojos verdes, sino acecho...

Como esperando en él una reacción.

Se mantuvo impassible Dickson, y ella prosiguió:

—No congeniábamos yo y Ulric. Habré de ser íntimamente sincera. Ulric era de carácter voluble, caprichoso y a los tres meses de matrimonio nos separamos amistosamente. Él volvió a Londres, y yo me fui a California. Estuve sin verle cinco años. Reapareció en Los Ángeles, como luchador, estando yo recién divorciada de mi segundo marido. El segundo y último.

Asintió gravemente Dickson, y continuó diciendo ella:

—Ulric tenía un grave defecto. Un defecto que yo execro en el hombre: era jugador, y estaba siempre cubierto de deudas. Pese a nuestro divorcio, no le negué mi amistad. En un principio accedí a prestarle algún dinero. Y de pronto, sin despedirse, Ulric desapareció.

—¿Fecha?

—Exactamente el día siete del mes pasado. Las indagaciones que encomendé a una agencia californiana, dieron un resultado concreto. Ulric viajó desde Los Ángeles a La Habana en un «Panair».

—¿Solo?

—Sí. No había ninguna mujer acompañándole. Viajaba solo. Y no hizo escala. Desde La Habana a Londres, en un «Vickers Viscount», y directamente de Londres a Berlín en un «Havilland». Y en Berlín se perdió de vista.

—Le fue bien el juego a Olinski, ya que pudo permitirse un viaje así.

Olga Lenox dijo mimosamente:

—El canalla se llevó de mi cofre de joyas tres brazaletes y dos collares.

—¿Lo denunció a la policía?

—Tengo fama de ser demasiado escandalosa. Me sirvió en un principio, pero ahora me perjudicaría tal clase de propaganda. Mi visita obedece a un motivo concreto: con la máxima discreción

deseo que encuentre a Ulric y me consiga una entrevista con él. Y puedo aportar un dato importantísimo.

—¿Sí?

—Rex Cutler vio a Ulric anoche, hacia las diez.

—¿Sí? ¿Dónde?

—En la ralle Bismarck.

—Es curioso... Verdaderamente curioso.

La expresión de Olea Lenox volvió a ser de acechante espera. Guy Dickson, levantándose, manifestó:

—Considero elemental la propia explicación de su secretario, siempre y cuando no tenga usted inconveniente.

—Ninguno. ¿Por qué iba yo a tenerlo? Pero es importante que sepa usted que no consiento en Rex la menor iniciativa, por su propio bien, naturalmente.

Se detuvo Dickson y, dando media vuelta, volvió a sentarse. Ella prosiguió:

—Le hice prometer a Rex que si nos encontrábamos con Ulric desistiría de toda intervención molesta.

—Comprendido. ¿Habló su secretario con Ulric?

—Le vio entrar en el número 66 de la calle Bismarck. Una serie de lujosos departamentos. Rex corrió tras él, pero no pudo darle alcance. Y se decidió a preguntar al conserje, pero este dijo desconocer al hombre que describía Rex. Por fin, una gratificación permitió a Rex averiguar que Ulric se hallaba en el departamento «A3» de la planta baja.

—¿Quiénes eran los ocupantes del «A3»?

—La primera intención de Rex fue averiguarlo personalmente, pero recordando lo que me había prometido desistió.

—Anoche a las diez, ¿dormía usted?

—No. ¿Por qué iba yo a dormir a hora tan temprana?

—Me dijo usted que su secretario, entre otras cosas, vigila sus joyas.

—Comprendo... Yo estaba cenando, y Rex venía en mi coche hacia el hotel cuando divisó a Ulric entrando en el 66 de Bismarck.

—Es curioso...

—Me está usted poniendo nerviosa.

—Es un honor para mí, señora.

—Me refiero a su repetido comentario: «Es curioso... Es curioso».

¿Qué es lo curioso?

—Si Olinski estaca anoche en Bismarck Strasse, ¿cómo no fue a verla a usted?

—Primeramente, debido a lo que me hizo, no sentiría el menor deseo de enfrentarse conmigo. Y después yo llegué anteayer y tuve cuidado de que la Prensa no publicase nada acerca de mi presencia en Berlín. Para ello me bastó con emplear el apellido de mi segundo marido.

Pensó Dickson que también él había tenido cuidado de mantener de riguroso incógnito la muerte de Ulric Olinski.

—¿Ha hecho exclusivamente el viaje a Berlín para recuperar sus joyas?

—No, ni mucho menos. Tengo un contrato para filmar en Londres, y aún que quedan ocho días de reposo.

—¿Conocía personalmente Cutler a su primer marido?

—Naturalmente. Rex hace más de un año que es mi secretario. Y tenía amistad con Ulric, porque este, pese a sus defectos, era un hombre muy simpático.

—Es curioso — repitió Dickson.

Olga Lenox dedicó una repentina ojeada al encendedor, sobre la mesa, como calculando su peso.

Dickson recogió el encendedor para prender el nuevo cigarrillo que la estrella acababa de extraer de su pitillera de platino. Y comentó ella, incisivamente:

—Todo debe de resultarle muy curioso en su profesión. —

—En efecto, pero nunca me saturo. Digo que es curioso, por ejemplo, que al citar a su primer mando emplea el verbo en tiempo pasado, como si hubiera desistido de verlo con vida, como sí lo diera por virtualmente muerto.

En el silencio que siguió, Dickson encendió hermosísimos y muy peligrosos, por inteligentes y calculadores, los verdes ojos de la actriz, que, sonriente, expuso:

—Es natural que hable en tiempo pasado puesto que hace ya tiempo que no veo a Ulric.

—Perdón. Si anoche lo vio Rex Cutler es como si... En fin, serán resabios de mi afición a devorar gramáticas. Voy a concretar: usted desea saber dónde encontrar a Ulric Olinski.

—Eso es.

—Es curioso...

La exasperación inundó los rasgos faciales de la actriz, y Dickson se apuntó con el índice el pecho.

—Imagínese que soy la exesposa de Ulric. Y que me entero que hacia las diez de la noche, Ulric entró en el «A3» del 66 Bismarck. Si por corrección no quiero importunar por la noche a los ocupantes del «A3», a primera hora, esta mañana, voy al «A3» y pregunto por Ulric. Así, usted se hubiese ahorrado el indignarse viendo mi absoluta incapacidad por entender las cosas más elementales.

—Al contrario. Usted no es un incapacitado ni mucho menos. Y prefiero que antes de aceptar un caso, lo estudie a fondo. Anoche, Rex llegó hacia las diez y cuarto a mi hotel. Tan pronto me manifestó lo que acababa de averiguar, empleé el teléfono pidiendo comunicación con el «A3». Me contestó el gerente que las señoritas Roland y Montel se habían ausentado y como acostumbraban, hacia las dos de la madrugada. Pero yo estoy reposando, y a la medianoche tomé mi soporífero. Esta mañana, a las diez, telefoneé de nuevo, y entonces supe que las señoritas Roland y Montel habían abandonado el departamento «A3» dejándolo vacante. Por esto decidí acudir a los servicios de un profesional de la investigación discreta: a usted.

—Gracias. Mi ayudante principal se ocupará de resolver cuanto antes su petición señora.

—¿Por qué no usted?

—Tengo pendiente un caso anterior. Pero tenga usted plena seguridad de que mi ayudante principal es un verdadero maestro de la investigación discretísima.

—¿El joven bruto que abrió? —replicó ella, desdeñosa.

Al lado del magnetófono en marcha, en la cabina acústica, Steve Prescott, examinando a través de la bien disimulada mirilla a la actriz, replicó mentalmente:

«Este joven bruto te iba a dar más que a una estera, que es lo que te hace falta, gata melindrosa.»

En pie, y acompañando hacia la puerta a la actriz, decía Dickson:

—No olvide que las apariencias engañan, señora. Mi ayudante principal, Steve Prescott, obtiene siempre resultados rápidos, porque precisamente oculta su aguda inteligencia cajo la apariencia

de un jovial luchador despreocupado.

Sonrió halagado Prescott. Exacto. Bien definido. Bajo la apariencia de un jovial luchador despreocupado, él era...

Bien, sabría demostrar su «aguda inteligencia».

CAPÍTULO VII

Guy Dickson acabó de repiquetear en la máquina, y tendió la hoja que acababa de escribir por ambas caras.

—Aquí tiene los datos esenciales para poder continuar con plena independencia y total responsabilidad las investigaciones. Si a mí me estuvo mintiendo hace poco Olga Lenox, yo no le mentí a ella al asegurar que tenía pendiente un caso anterior. Por lo tanto, la muerte de Olinski pasa a su jurisdicción.

Atrajo Dickson hacia sí un cajón y fue alineando sobre la mesa varias automáticas. Dio una palmada sobre una de ellas.

—«Skoda 32». Liliputiense, matemática y diseñada especialmente. Fíjese bien en ella. El seguro izquierdo deja libre el paso del cargador de balas. El seguro derecho deja libre el cargador de cápsulas de mezcla química. Lanza un chorro de gas amoniacal que produce en el agresivo que convenga inutilizar provisionalmente un desvanecimiento inmediato. Las otras no disfrutan de esta doble ventaja.



—Necesitaré las dos manos y este "Skoda 32" m

Steve Prescott comprendió por el tono de su superior que los acontecimientos futuros iban a tener un carácter «activo».

Recogió la «Skoda». Una diminuta filigrana bien equilibrada. Lo fue comprobando haciéndola girar en torno a su índice. El portagatillo tenía la suficiente anchura, y la culata achatada y larga quedaba bien encajada al cerrar el puño.

El corto cañón se aplomaba sobre el doblado índice, sobresaliendo unos centímetros escasos. Un arma ideal para dar mayor contundencia al puño.

Con el pulgar tanteó los resaltes del doble seguro sin mirarlos.

Pensó Dickson que el «joven bruto» despreocupado adquiriría de pronto una personalidad muy distinta: la de un implacable enemigo.

—Antes de que se interne usted por el laberinto que le espera, le expondré por qué se encuentra usted, en Berlín. Solicité de nuestra oficina central que me enviasen un ayudante que, en lo posible, reuniera varias condiciones que cito por orden de interés. Primera, que tuviera aspecto de luchador profesional. En su ficha consta que lo fue usted por completo en los Estados, y siguió siéndolo en Londres y París, si bien ya adscrito al servicio secreto. Segunda, condición: que supiera francés y alemán lo suficiente para entender conversaciones de estos dos idiomas. ¿Tuvo *nurse* en su nutrida infancia, Steve?

—El francés lo aprendí en Nueva York con una corista parisiense. Y el alemán me lo machacó un luchador con el que estuve en equipo de gira por los Estados.

—La tercera condición que indicaba consistía en que fuese un luchador «fogueado», es decir, que no cerrase los ojos al ver el color de la pólvora. A veces, la musculatura no corre pareja con la valentía. Estuvo usted por el Pacífico cuando no lo era. Pero además en su ficha consta que en París lo «embucharon» en el *gang* de los corsos, y aunque las pasó difíciles supo balearse alegremente con tres de ellos a la vez. Y por último rogué que si tenían un mirlo blanco dotado de las anteriores condiciones, y que además su aspecto no inspirase recelos de excesiva inteligencia, que me lo enviaran prontamente.

—Y llegué yo —sonrió, satisfecho, Prescott.

—No sea tan modesto. En su ficha sugieren que usted, actuando solo, sabe demostrar iniciativa mental, y que basta con darle las primeras orientaciones para que supere en efectividad a dos agentes normales. He deducido, pues, por lo hasta ahora comprobado, que usted es algo así como trilita con mecha de combustión retardada.

—Tardo en entrar en calor, y más cuando ando totalmente despistado, como en este caso.

—Sinceridad por sinceridad. Yo, poseyendo cierta veteranía y

datos que usted ha ignorado, también ando a ciegas entre margaritas y luchadores. Voy a exponerle el arranque de mis primeras sospechas, y ya me dará usted después su personal opinión sobre los recientes sucesos que ha tenido ocasión de oler y oír: el éter, y Olga-Rex.

Prescott dejó de «familiarizarse» con la «Skoda», introduciéndola en el ancho bolsillo de su camisa de franela gris.

Bolsillo exactamente situado bajo la axila derecha.

Y a la ojeada interrogante de Dickson aclaró:

—Fue una cosa que descubrí allá por el Pacífico, señor. Resultaba que con la zurda disparaba mejor que con la derecha. Y un médico me dijo que yo, sin ser zurdo, era ambidextro. Y así me enteré.

—Le van a hacer mucha falta las dos manos. Me decidí a pedir un luchador que a ser posible fuera inteligente, sin parecerlo, debido a dos coincidencias: el manifiesto interés demostrado por luchadores guapos y conquistadores como Kurt Lukas, Roger Lacross y Ulric Olinski por las francesitas Roland y Montel. Interés que de por sí lo hubiera considerado netamente frívolo, a no ser por la atención que Oscar Murray, solapadamente y sin mostrarse, siempre en la sombra, dedicaba a todos los desplazamientos de las francesitas. Esto de por sí, ya me intrigó, habida cuenta que la rubia Margot es la hermana del encantador coronel Henry Roland, de Estado Mayor. Y la segunda coincidencia que reclamó mi atención, fue que las francesitas Roland y Montel, eran asiduas concurrentes al «Paradies Ruhe»^{1}.

—Vi un cartel anunciándolo en el Catch Palace la noche en que fui a echar un vistazo, por orden suya, señor.

—El «Paradies Ruhe» es un albergue que reúne dos ventajas: puros aires solitarios, distando apenas veinte kilómetros al sudoeste de Berlín, junto a la carretera general y al Spree. Las dos francesitas iban allá por varias razones aparentes: someterse al tratamiento vigorizador de la masajista Ingeborg Muller, jugar al tenis en la magnífica pista cubierta, nadar en el lago propiedad del albergue, y comer uno de los menús calibrados en vitaminas y calorías. Estas razones justifican la asiduidad de sus visitas a media mañana.

—Olga Lenox dijo que el conserje de los departamentos, había comunicado que el «A3» quedaba vacante, desde esta misma

mañana.

—Si están ellas allí, ya lo verá. La morena Marguit, además de fascinadora, es periodista de folletín. Es decir, envía reportajes absurdos, como, por ejemplo: «El amor en Harlem», «Idilios en Acapulco», y últimamente empezó una serie titulada: «Vida íntima de los *catchers*».

—A lo mejor intenta extraerme los secretos de mi corazoncito.

—Déjese extraer, si con ello logra ponerla confidencial, que lo dudo. El «Paradies Ruhe», cuyo copropietario con Ingeborg Muller, es el doctor Lewis Drone... Sí, en efecto, el mismo doctor que curó clandestinamente a Scar. Le sacudí levemente, y con dignidad imponente me largó un embuste. Había curado a Scar, de herida de cuchillo, sin dar el parte obligatorio, porque «fiaba en la palabra de Oscar Murray», y este le había dicho que la herida se la había causado empujando por el guardabarros un coche. Como estaba diciéndole, en el «Paradies Ruhe» se alojan casi exclusivamente luchadores y artistas de circo.

—¿Reservado el derecho de admisión?

—No, pero los huéspedes actuales se encargan de hacerle la vida imposible a quien no les resulte grato. Yo no les hubiera sido grato, porque el doctor Drone me conoce. Me supone un detective desagradable. Usted ya comprobará si les resulta agradable a los huéspedes y al doctor Drone, porque va a alojarse allí. Como en París, se «embuchará» usted ahora, no entre corsos pistoleros, sino entre peores elementos. Al menos en París, usted ya sabía que los corsos eran todos ellos asesinos profesionales.

Recogió Prescott la hoja mecanografiada por ambas caras que le señalaba Dickson, quien prosiguió:

—Podrá aprenderse de memoria la ficha de los actuales huéspedes del «Paradies Ruhe». Y sin dejarse influenciar por mi personal opinión, dé por descontado que el autor o autores de la muerte de Ulric Olinski, se halla en ese albergue. Yo tengo que ausentarme, vía Berna, y tardaré por lo menos una semana en regresar.

—Una pregunta, señor. ¿Descarta usted a las dos francesitas como presuntas autoras de las muertes de Oscar Murray y Ulric Olinski?

—Dada mi propensión a ver en toda persona, un posible

criminal en potencia, nunca descarto a nadie.

—¿Los cortapapeles pertenecían a una de ellas dos?

—Un juego de seis le fue entregado a Margot por una joyería parisina. Y ella regaló tres a su íntima amiga Marguit.

—¿Alguien se apoderó de dos cortapapeles para comprometerlas?

—Es posible.

—¿Con qué finalidad, señor?

—Caben dos móviles: interés y odio. Móvil interés: la aparición del cortapapeles en el primer asesinato, las iba a hacer sospechosas. Pero si alguien estuviera en posesión de las pruebas de que no era ninguna de ellas dos, la culpable, sería natural que, en reconocimiento, Margot Roland devolviera el favor. Por ejemplo, tomando copia de ciertos documentos confidenciales que pueda poseer el coronel Roland.

—¿Móvil odio?

—Pregunta usted más que un juez sordo, pero tiene derecho a las primeras orientaciones, antes de embalar y embestir por cuenta propia. Estudiemos por ejemplo, a Ingeborg Muller, cuñada del doctor Drone. Ella podría odiar a las francesitas, no por motivos raciales, sino puramente sentimentales. Cualquier luchador es maternalmente atendido por Ingeborg. Los considera algo así como indefensos pajaritos, desarmados por su ingenuidad ante la maldad femenina, Ingeborg tiene cincuenta años, y descarte, pues, toda idea frívola con respecto a ella. Los luchadores la apodan «mutti»^{2}.

—Por lo tanto, ella no mataría a luchadores.

—Bien observado. No los mataría, pero en el caso de que uno de ellos ya estuviera difunto por exceso de absorción de drogas, podría colocar el cortapapeles y «cargarles el muerto» a las francesitas. ¿Alguna pregunta más, Steve?

—Generalmente, señor, intervenimos contra actividades delictivas relacionadas con el espionaje. ¿Debo orientarme en este sentido?,

—No lo descarte, pero estime probables otras actitudes anexas. Las dos Margaritas pudieron percibir algo sospechoso en el «Paradies Ruhe». ¿«Gang» traficando en divisas, drogas o joyas robadas? Es posible puesto que Scar rondaba. ¿Quiénes forman el «gang»? Usted ha de averiguarlo. Y ahora condense brevemente su

personal opinión, basándose en lo que ha oído y oído.

—Yo ignoraba anoche que las dos francesitas transportasen un cadáver, el de Ulric. Pero había otra persona, que sí lo sabía. Que pudo matarme y no lo hizo. Es posible que apenas salga de aquí, sepa quién era esta persona.

—Magnífico — y volvió Dickson a ser irónico —. ¿Rex Cutler?

—Si él y Olga vinieron a Berlín tan solo para encontrar a Ulric, anoche Rex Cutler no hubiera dejado escapar la ocasión de atraparle. No es hombre al que un conserje pueda detener. Lo más probable es que por algún conducto que averiguaré, supieran que Ulric había muerto. Y Olga Lenox ha parloteado como una cotorra, haciendo lo imposible por comprometer a las dos francesas. O bien se enteraron que Ulric estaba muerto, o bien Rex Cutler mató a Ulric, aunque el robo de unas joyas, no es bastante móvil.

—Un tanto a su favor, joven Prescott. ¿Por dónde se dispone a embestir?

—Antes de alojarme en el «Paradies Ruhe», iré a averiguar dónde puedo charlar con el patrullero compatriota de anoche.

—Soberbio. Usted, libre de la subordinación a mi pobre intelecto, superará todas las esperanzas de la propia empresa, que será posiblemente la primera en asombrarse de su éxito. Y ahora, hasta la vista, Steve. No me defraude. Quiero verle a mi regreso. Le llevaré naranjas a la clínica, pero no le consentiré que me obligue a comprar dalias y crisantemos para esparcir sobre su tumba yerta y fría.

—Haré todo lo posible para evitarle tal molestia, señor. ¿Son también de mi libre propiedad Olga y Rex?

—Por entero. Así como el «Adler». Mi avión sale a las 13 h. 15 m. Váyase a embestir.

Media hora después, Steve Prescott aguardaba en un salón de los alojamientos de los patrulleros norteamericanos.

John K. Brian acudió recién afeitado y duchado. Saludó al estilo Brooklyn: formando un aro con el índice y el pulgar, dando una sacudida en el aire.

Devolvió Prescott el «toque» de Brooklyn.

—Usted es Steve, el que anoche iba tras la estela de dos preciosas criaturas.

—Yo mismo, Johnny. Yo iba a la zaga de dos nenas, pero no

tengo la menor idea de quién venía a mi zaga.

—Otro mastodonte —rio Brian—. Me fijé en el detalle, que de otra manera me habría escapado, ya que en ocho horas de servicio, desfila todo un repertorio de coches y personal. Pero era otro mastodonte como tú. Conducía un «Simca», matrícula francesa. Y tenía el permiso de circulación en orden, puesto que no le detuve.

—¿Puedes darme la identidad de mi seguidor y el número de su coche?

—Vamos a saberlo inmediatamente. ¿A qué hora, más o menos?

—Poco antes de las once.

Se dirigió el patrullero a un teléfono, y no marcó números. Dijo tan solo:

—Dadme línea con Registro coches.

Aguardó unos instantes.

—Aquí J. K. Brian, De mi turno de anoche, dadme identidad del permiso, y matricula del «Simca» francés que deambulaba hacia las once.

Tapó la boquilla con la mano, y le guiñó a Prescott:

—Otra consulta, Steve. ¿Qué método empleas para tener este cogote y estas hombreras?

—Ha de quedar entre nosotros, Johnny. Digiero una papilla especial; espinacas, cal, cemento, chapas y una esponja grande. Luego la esponja se hincha, ¿comprendes?

Repitió el patrullero el «toque» de Brooklyn, apartando la mano de la boquilla. Escribió sobre el block del pupitre, mientras escuchaba. Y colgó.

—«Matricula 8555, NA. Conducido por Roger Lacross, parisino». ¿Conforme?

—Gracias. ¿Le identificarías, si te lo trajera?

—Si me lo traes bien amarrado, sí. Circulan pocos ejemplares de mastodontes como tú y ese Lacross. «Bye-bye».

Se despidieron con el «toque» de Brooklyn.

CAPÍTULO VIII

Agotada la segunda ración del postre especial del «Alexander's», Steve Prescott se encontró poseedor de un espíritu pleno de eufórica lucidez. Y aunque la semiherradura afelpada en la que se hallaba, no tenía el menor parecido con lanchón de desembarco, lecho de arena, o corales, el agente secreto Prescott se encontraba con la misma disposición de ánimo que el «comando» de Infantería de Marina, número 17.689, Steve Prescott. Y el estilo directo que había empleado siempre en el ring y en la guerra, lo matizaba ahora con una leve diferencia: fintar con rodeos, hasta que sabedor de los puntos que calzaba su adversario, embestir con doble energía.

De momento, todo el problema consistía en averiguar quiénes eran sus adversarios. Esto era precisamente lo bonito del investigador: avanzar por un laberinto, a tientas, esperando el golpe, pero sin saber de dónde procedería.

Volvió a releer para grabárselo bien en la memoria, el estudio psicológico que le había entregado Dickson. Comprendía el de las dos Margaritas, el del «charmant» coronel Roland, y de los propietarios, y actuales huéspedes del «Paradies Ruhe».

Dedicó su atención a la lista de los luchadores.

«KURT LUKAS. Yank-húngaro. Apolíneo. Se quiere mucho. Tumbó por más de veinte segundos, sin público ni árbitro, a Ulric Olinski. El doctor Drone, tolerante, dijo que eran nimiedades, cuestiones de faldas. No supe a quién pertenecían las faldas. Lukas es el manager y apoderado del equipo.

»AL NORRIS. Londinense. Habla menos que un mudo. Lucha cerebralmente, con flema de hombre superior a los demás pitecántropos. Llamaba constantemente «excremento», «carroña de patíbulo», y otras lindezas a Ulric Olinski.

»GUNTHER KNAB. Berlinés. Buey paciente. Pero encolerizado, temible. Destroza a golpes de acordeón, músicas sentimentales. Se cree el Wagner de la melodía.

»FOSCO STOPPA. Napolitano. Marrullero, fanfarrón. Presume de aristócrata. Bromista pesado.

»LLOYD NELSON. Tejano. Ávido de simplificarlo todo. En el ring, estremecedor de siniestra bestialidad. Normalmente, cordial.

»ROGER LACROSS. Parisino. Tiene «raza». Desenfadado, astutamente irónico, tendencia natural a perdonar la vida ajena.

»Ulric Olinski reemplazó a Rudolf Krauss, que era el número sexto del equipo administrado por Lukas. Rudolf Krauss fue recluido en sanatorio mental, a fines del pasado mes. Diagnóstico: Demencia furiosa intermitente. Intervalos de docilidad máxima. Incurable.»

Rio satisfecho Prescott. Se presentaba bien aquella investigación. Como panorama, el «Paradies Ruhe» podía ser una sucursal del Edén. Pero en cuanto a reposo, brillaría por su ausencia, apenas los luchadores sospechosos, se dieran cuenta que las narices de Steve Prescott no servían solamente para empararlas en éter.

Por de pronto, podía atacar directamente a Roger Lacross...

Miró con asombro a la gentil morena, que se aproximaba dedicándole una tímida sonrisa.

Steve Prescott, que ocupaba el centro del diván en herradura, torció el pescuezo para ver si había detrás de él alguien correspondiendo a la sonrisa.

Una voz plena de dulzura, le sacó de dudas:

—Usted es Steve Prescott. Desearía hablar confidencialmente con usted. Se lo ruego encarecidamente.

Un inglés melodioso y una figura apabullante de fascinación. Los ojazos eran terciopelo, la boca un compendio de exquisitez, y la silueta provocaba un entusiasmo muy hondo.

Poniéndose en pie, Prescott afirmó que él era Steve Prescott. Lo anunció con infantil complacencia, invitando a sentarse a la desconocida.

—Su coche es un «Adler» que está aparcado allí fuera. Me informó la portera que el señor Dickson estaba ausente, y que usted era su principal ayudante. Me dijo también que usted dejó dicho que almorzaba aquí, y que ya comunicaría a diario dónde se

hallaba. Aquí podrían oírnos, señor Prescott. Le quedaría muy reconocida si aceptase escucharme en su coche.

—Inmediatamente, inmediatamente —aprobó Prescott, llamando al camarero, mientras la desconocida se alejaba de nuevo hacia la puerta giratoria, seguida por una aureola de miradas virilmente emocionadas.

Y mientras pagaba, Prescott reconoció a la portentosa Eva. En su mente fueron deletreándose como en cinta luminosa, las líneas mecanografiadas por Dickson:

«MARGUIT MONTEL. Nativa marsellesa. Parisina desde la infancia al primer amor. Viajera impenitente. Vive de reportajes folletinescos y representaciones productos belleza. Rostro de Linda Darnell. Rumores pretenden está enamorada del coronel Roland.»

Sí, tenía cierto parecido con Linda Darnell, pensó Prescott mientras, adelantándose a ella, abría la portezuela del «Adler» negro.

Y al empuñar el volante, preguntó:

—¿Tiene preferencia por rodar o estacionarse?

—Como usted quiera,

Prescott estimó mejor observatorio, estacionar. No tenía así que compartir su atención entre el retrovisor y la maravilla femenina.

—Acostumbro a disponer de sobrado aplomo, ya que soy periodista, señor Prescott. Pero desde hace unos días, ciertos acontecimientos gravísimos me tienen agobiada. Lo que supuse era un secreto trágico, corre el peligro de transformarse, como decimos en Francia, en el secreto de Polichinela.

Sonrió ella en mohín de excusa, clavando sus negros ojos en Prescott, antes de añadir:

—Naturalmente, usted no tiene nada de Polichinela. Este mediodía, me telefonearon. Sabían mi nueva residencia. Era una mujer, una actriz muy conocida por sus escándalos, sus arrebatos caprichosos, y su mal genio. Me dijo escuetamente, que me convenía cuanto antes sincerarme con los detectives Guy Dickson y Steve Prescott, con referencia a Ulric Olinski. Me dio la dirección de su agencia, y... aquí me tiene, señor Prescott. Puede preguntarme

sin reservas, que por mi propio bien, contestaré sin reservas.

—Esta mañana vino a contratar nuestros servicios la estrella Olga Lenox. Según parece, desea entrevistarse con su exmarido Ulric Olinski. Según parece, anoche fue visto Ulric Olinski entrando en el número 66 de Bismarck. Más concretamente, en el departamento «A3».

—Vino anoche, y nos disponíamos a cenar los tres, cuando le telefonaron y tuvo que irse urgentemente.

—¿Los tres?

—Mi amiga Margot Roland, compartía conmigo el departamento «A3».

—¿Con que pregunte sin reservas, que contestaré ídem?», ironizó Steve.

—Nada hay de particular entonces, señorita Montel Basta con que pueda indicarme dónde encontraré a Ulric Olinski.

—No recuerdo haberle dicho cómo se apellidaba.

—Elemental, Marguit Montel Tan pronto nos dijo Olga Lenox que Olinski estuvo en el «A3», nos bastó inquirir, para saber que las señoritas Montel y Roland habían abandonado la residencia, dejando vacante el «A3». Esta misma tarde me disponía a hallar su paradero.

—Ignoramos totalmente dónde se encuentra Ulric. Es más, no se halla en el «Paradies Ruhe», que es donde se aloja.

—Aludió usted antes a trágicos acontecimientos...

—Lo son, puesto que pueden comprometer el prestigio de mi mejor amiga, y de rechazo suponer un grave perjuicio para la carrera de un caballero que antepone a todo, su honor.

—En ausencia de mi superior, tengo que encontrar a Ulric Olinski por encargo de Olga Lenox.

—Usted ha sido luchador, y hasta quiero recordarle. ¿En París? ¿Nueva York?

—En ambas capitales actué.

—¿Y ahora es detective?

—Me contrató el señor Dickson. Necesitaba un individuo más o menos de mis características. Esta tarde iré al «Paradies Ruhe», y posiblemente, allá sabrán darme noticias del paradero de Olinski.

—Según parece, no es la primera vez que Ulric se va sin despedirse, y reaparece cuando menos lo esperan. Pero si un

detective empieza a interrogar... Voy a serle sincera, Prescott.

«Veamos qué nueva mentira va a soltarme», meditó él.

—No puedo tomar ninguna iniciativa sin antes consultar a mi amiga. Ella sabe que he venido a hablarle. ¿Tiene inconveniente en hablar con ella?

—Al contrario. ¿Dirección?

—Wansea, Cuarta Poniente, 8.

Prescott hizo rodar el cilindro-guía, una vez hallado en el índice rodante alfabético las letras «WAN».

—Está cerca del lago Wansea. Pudimos hallar un estudio recientemente abandonado por un pintor francés. Nos sorprendió mucho que Olga Lenox supiera nuestra nueva residencia. Créame, que tan pronto termine nuestra pesadilla, será difícil que vuelvan a verme por Berlín.

Guardó ella un silencio meditativo, imitándola Prescott, mientras conducía. Entraban en la enorme plaza Wansea, al sudoeste de la ciudad, cuando volvió ella a hablar:

—No saque una impresión desfavorable de mi amiga. Si le parece dura y casi cínica, ha de atribuirlo a su gran preocupación.

—Usted también está preocupada, y sin embargo, es amable.

—Yo nada tengo que perder, pero ella quiere mucho a su hermano, y teme que cualquier escándalo pueda salpicar el buen nombre de Henri. Me refiero a escándalos que entrañen intervención policial.

El número de la Cuarta Poniente, tenía una construcción de perfecta simetría. Cinco metros de jardín en recuadro, y un rectángulo de grandes ventanales, lisas paredes blancas y un tejado picudo, de grandes placas pizarrosas.

Toda aquella calle era simétrica, en la doble alineación de idénticos edificios. Como contruidos en serie.

—Será preferible que deje el coche en el garaje —le indicó ella hacia la derecha del cuadrado de fachadas.

La de acceso al jardín estaba completamente abierta, al igual que la del garaje. No era un «Cadillac» azul el coche junto al cual frenó Prescott, sino un «Mercedes Benz» de gran precio por su lujosa carrocería y motor último modelo.

—Me lo ha proporcionado la casa «Benz», durante mi estancia. Dicen que les sirve de propaganda. Por aquí, por favor.

La puerta lateral daba a un rellano, del que pasó Prescott a una sala de estar.

—El detective Steve Prescott, Margot. Señorita Margot Roland.

Volvió a desfilarse en la pantalla cerebral del que atendiendo a la señal de Margot Roland se sentaba, el estudio-ficha:

MARGOT ROLAND. Parisina cabal. Nueva generación existencialista. No oculta que se aburre infinitamente dada la insipidez de la vida. Su hermano consiguió dos ascensos durante la guerra. Ella actuó valientemente como agente de la Resistencia, con frecuentes paracaídas desde Londres. Físicamente parecida a Greer Garson, es más impenetrable que la Gioconda.»

—Seré completamente directa, señor Prescott. Esta mañana le encomendaron encontrar el paradero de Ulric Olinski. Aquí tiene este cheque.

Recogió Prescott, asombrado, el largo papel veteado de azul verdoso, y leyó primero la firma estampada en impresión.

«Olga Lenox».

Por valor de cincuenta dólares.

—La señora Lenox supone que esta cantidad compensa sus molestias. Pero yo voy a hacerle un ruego. Considero que determinados aspectos de la intimidad, son propiedad exclusiva de una persona. Mi ruego es que abandone toda gestión sobre Ulric Olinski. En ello estamos plenamente de acuerdo la señora Lenox y yo. ¿Tiene inconveniente?

—Ninguno, en absoluto. Yo recibí este mediodía una orden. Pero si el cliente desiste, no tengo motivo para oponerme. Convino cincuenta dólares por día de gestión, y solo hemos trabajado unos minutos.

Ambas parecieron de pronto mucho más femeninas, más dúctiles. Desaparecía la tensión. Aquel atleta era simplemente un elemento dirigido, y no debía de fatigarse mucho en penetrar claroscuros.

—¿Tomará algo? —brindó Margot Roland.

—La puerta —rió Prescott, levantándose.

—Yo aludí a determinados acontecimientos trágicos, Margot —murmuró, en tono titubeante, la morena periodista.

—Acontecimientos que no tendrán consecuencias, querida. Yo acompañaré al señor Prescott.

En el garaje, Margot Roland manifestó:

—La señorita Montel es altamente impresionable, pese a su calidad de periodista cosmopolita. No es mi caso. Tengo otro ruego que hacerle, señor Prescott. Mi vida privada me pertenece por entero, pero solo hay en este mundo, ya perdidos mis padres, una sola persona por cuya tranquilidad espiritual, haría cualquier sacrificio. Me refiero al coronel Henri Roland. Es mi mayor deseo que mis imprudencias no le causen perjuicios. Espero, pues, contar con su máxima discreción, señor Prescott.

Permaneció Prescott unos instantes viéndola alejarse hacia el interior de la casa, y, dando media vuelta, se dirigió al «Adler».

Junto al volante, Rex Cutler personificaba la humana estatua griega de la indiferencia melancólica.

CAPÍTULO IX

—Estaba seguro de haber bajado la banderita —opinó Prescott al instalarse.

—Hola, Prescott. Usted ya me conoce. Tengo mala fama, debido a errores de mi primera juventud. Pero poseo un renombre merecido. No miento inútilmente.

Arrancando hacia atrás, en dos maniobras, el «Adler», dobló la esquina y poco después penetraba en la calzada. Condujo a poca marcha Prescott...

—No le habrá extrañado mi presencia, supongo.

—Soy miel desde ayer noche, y mosquitas y moscardones acuden revoloteando en torno. No va nada contra usted, Cutler, pero su patrona pudo cancelar el contrato ella misma.

—Para eso estoy a su lado. Como secretario de Olga, cuyos múltiples intereses, administro. Nos casaremos, tan pronto quede ultimado el papeleo. La francesa Roland fue a echarse de rodillas ante Olga. Olga es infinitamente sensible. ¿Qué le diría la francesa? Olga me dijo textualmente: «Es preciso que los detectives abandonen toda pesquisa.»

Steve Prescott aparcó en uno de los arcos de la plaza Wansea. Por motivos muy distintos a los que le impulsaron en el reciente viaje, prefería ahora dedicar también su máxima atención al estólido *excatcher*, de tenebrosa «primera juventud».

—Esta mañana había hidrofobia contra las dos francesitas, y apenas han transcurrido unas horas, cambia la corriente. Escuche, Cutler, ya lo habrá leído en alguna parte. Las mujeres y los detectives tienen un punto común de semejanza: se pirran por averiguar aquello que se les aconseja no ahondar.

—También los niños tienen esta mala costumbre. Tuve yo también veleidades de investigador, pero en autodefensa. Y sabía apreciar desde muy lejos cuando un asunto quemaba. Tanto Olga como yo, deseamos que toda clase de publicidad nos excluya.

Rex Cutler hablaba como un pecador arrepentido...

—Y Margot Roland desea que la publicidad excluya a su hermano. Pero, no soy yo el que amenaza sus ansias de

tranquilidad.

—Voy a colocar la baraja extendida, Prescott. No tiene ya fundamento perder el tiempo buscando a Ulric Olinski. Ha muerto.

—¡Cáscaras! Ahora sí que el asunto quema...

—Es lo que piensa Olga. Equivocadamente, se imagina que yo maté a Ulric, aunque las dos francesas han jurado que encontraron a Ulric apuñalado con un cortapapeles que les pertenecía a ellas. Su primera reacción fue notificarlo a la policía. Después, acordaron que la publicidad dañaría en su carrera al coronel Roland. Decidieron transportar a Ulric a uno de los muelles del río, abandonándolo, y retirando, el cortapapeles.

—La policía encontrará el cadáver, y averiguará que anoche Ulric estaba vivo cuando visitó el departamento «A3».

—Ellas jurarán que abandonó vivo el departamento. Y hallado el criminal, no habrá escándalo.

—No tengo ninguna obligación de dar parte a la policía, pero somos ya cinco a mantener una complicidad silenciosa.

—Olga y yo permaneceremos voluntariamente al margen, por las razones que antes le expuse. Margot afirma que ella no denunciará al criminal, mientras no se vea en la triste necesidad de hacerlo. Y lo más seguro es que la muerte de Ulric sea atribuida a cualquier reyerta. Frecuentaba toda clase de ambientes, y era un redomado tramposo. Muerto es como no perjudica a nadie. De hombre a hombre, Prescott, ¿queda entre nosotros todo cuanto le he revelado?

—Si Margot Roland sabe quién es el criminal, no tiene por qué callarse. En definitiva, el criminal le jugó una mala partida al asesinar a Ulric en el departamento «A3».

—¿Cómo sabe que lo asesinaron allí?

—Salta como un lebre. Usted vio a Ulric entrar en el 66 de Bismarck. Y ellas dos lo sacaron muerto.

Rex Cutler expuso con su entonación monótona:

—Vamos a suponer que yo sea su nuevo cliente, Prescott. Y pago por su abstención de chapotear en agua turbia. ¿Cuánto?

—Tengo que esperar a que vuelva mi patrón. Él se fue encomendándome encontrar a Ulric Olinski. No puedo venderme sin contar con su visto bueno.

Rex Cutler se colocó el impecable «Borsalino» azul que

completaba su sobrio combinado de Saville Road.

—Si le encanta chapotear en agua turbia, no puedo impedirselo. Pero me temo que se va a estrellar contra una barrera compacta. A mí puede excluirme. La compacta barrera la constituyen varios individuos de mentalidad primitiva, que se han solidarizado con el que mató a Ulric.

—Ya fue explícito conmigo, Cutler. ¿Quiénes forman esta barrera?

Una sonrisa entreabrió los labios de Rex Cutler. Parecía menos siniestro cuando permanecía serio, pensó Prescott.

—La primavera es deliciosa en Berlín, pero hay gente que prefiere el tiempo tormentoso —y señalando con el pulgar por encima el hombro, añadió Cutler—: Dos maletas y una raqueta de tenis. ¿Se muda, Prescott?

—Compré la raqueta este mediodía a la hora del aperitivo. Es un deporte que nunca practiqué.

Rex Cutler se apeó, manteniendo unos instantes la portezuela abierta. Y dijo sonriente:

—Si cambia de idea, y se ve en cualquier apuro, puede que mantenga mi oferta. No por mí, sino para aquietar la imaginación desbordada de Olga. Me hospedo en el «Carlton». Adiós, o hasta pronto.

Se alejó Cutler, que poco después entraba en un taxi.

Steve Prescott apoyó un codo en el volante, y el mentón en su palma zurda.

Y refunfuñó al cabo de unos instantes de meditación:

—Chapotear en agua turbia, ¿eh? Yo sería más rotundo, Rex. Esto es bucear vendado y metido en escafandra. Solo hay un punto claro: Roger Lacross. En marcha, compañero, hacia el Reposo Paradisiaco.

CAPÍTULO X

Dieciocho kilómetros al sudoeste de Berlín, la carretera autopista presentaba un amplio ensanchamiento circular, señalado en el mapa de ruta con un doble asterisco.

«Mirador, vista pintoresca»

Deteniendo el «Adler», Prescott contempló el panorama. A media tarde, oculto el sol tras un horizonte plumizo, fulgían oscuras las aguas del Spree en el valle.

Un serpenteo que nutría canales, estanques y remansos.

Y a unos dos kilómetros entre la carretera general y el río, divisó el «Paradies Ruhe». Un chalet de estilo alpino, tres plantas con galerías en torno, cubiertas, y agudos tejados de prolongados aleros.

Se erguía en la explanada donde las quietas aguas de un remanso, quedaban aprisionadas a modo de piscina.

Lo que parecía un hangar, sería la pista de tenis, de techo corredizo. Y un garaje la armazón metálica, en triple arcada.

La autopista se bifurcaba en alameda flanqueada de abetos enanos, y el «Adler» aminó la marcha al llegar ante la terraza-solarium orientada al este.

Frenó Prescott ante la fachada principal orientada al sur. A cada lado de la puerta, la veranda encristalada daba aspecto de bar alpino al «Paradies Ruhe».

El albergue parecía deshabitado. Pero el claxon hizo salir de su somnolencia al que se hallaba en una de las plegables hamacas de la veranda.

Un individuo de blanco cabello ondulado, larga nariz, rojiza como los pómulos. Vestía chaqueta de pana, pantalón de franela, zapatillas de tenis, y se rodeaba la garganta con un fular de seda azul.

Flaco y de mediana estatura, el que se acercaba sin prisas tenía en las pupilas grises una glauca y tétrica expresión.

«Dos ostras muertas bañándose en lágrimas», pensó Prescott, identificando al doctor Drone.

LEWIS DRONE, británico. Prefirió abandonar Londres

antes de verse sometido a expediente. Pleno de tolerancia, impregnado de whisky, tenue sonrisa de sabio granuja, Drone se mantiene en digno equilibrio en la pasarela, entre el abismo de la bribonada y el embudo del código penal. Su amoralidad es perniciosa, por cuanto conserva restos de su antiguo señorío».

—Buenas tardes. ¿Dónde está el garaje? Me llamo Prescott, Steve.

—Doctor Drone, servidor de usted —dijo el copropietario del albergue, a la vez que extraía un pañuelo del bolsillo superior, para secarse en dos toques las comisuras lacrimales.

Con el mismo pañuelo apuntó hacia el cobertizo de triple arcada y armazón metálica que recordaba un hangar.

Prescott condujo hacia el garaje, deteniéndose ante la puerta corrediza central. Bajando, empujó la puerta izquierda. Apareció una furgoneta «DKW», y dos motocicletas.

Abrió la central. Un solo coche: un «Simca», matrícula francesa, 8555 NA. Cuando ya alineado el «Adler», abandonaba Prescott el triple garaje, vio al doctor conversando con una mujer de alta estatura, corpulenta, que llevaba una bata blanca.

Sus gruesas trenzas en diadema estaban teñidas en castaño oscuro, para disimular las canas.

«INGEBOR MULLER. Bávara. Vendió su cervecería al morir la esposa del doctor Drone, propietaria del albergue. Puede derribar a un coloso, conocedora de yudo. Es áspera, rudamente maternal, y considera enemigos a quienes importunan a sus huéspedes.»

Prescott, llevando en una mano las dos maletas y la raqueta, comprobó de cerca que la corpulenta bávara tenía rasgos gruesos, macizos, y unos ojillos penetrantes, porcinos.

—¿Piensa alojarse aquí, señor Prescott? —inquirió Drone, en inglés.

—Unos días de reposo aislado me sentarán bien.

—Debo advertirle que el albergue es más bien familiar, cuando, como es el caso ahora, tenemos al equipo de luchadores dirigido

por Kurt Lukas, que suele venir en primavera y en otoño. Son ruidosos, como hombres fuertes, de inteligencia infantil, limpia y sincera. Hombres-niños, hombres-corazón.

—Hay de todo en las viñas del Señor —sonrió Prescott—. Yo soy del gremio, aunque actualmente no lucho, y he conocido adversarios noblotes, y otros que eran la misma piel de Barrabás. ¿Cuánto diario, doctor?

—En dólares, veinte —dijo Ingeborg Muller.

Hasta su cuñado la miró con extrañeza, secándose los ojos. Steve Prescott frunció el entrecejo:

—Será con derecho a llevarme todo el servicio, incluida la cama, ¿no? Por veinte dólares diarios me alojaría en el «Ritz».

—No hay tarifas en nuestro albergue —remachó ella.

Encogiéndose de hombros, Steve Prescott se dirigió a la entrada. Ya sabía que, por lo menos, a «Mutti» no le era grato...

—Segundo piso, puerta veinte —indicó Drone—. Esta noche, después de la cena, llenará el tríptico.

No había ascensor, y el último piso tenía ocho habitaciones repartidas entre los dos pasillos. La habitación número veinte, era rústicamente elemental. Pino, cretonas y una mampara de listones entrecruzándose, separaba la alcoba del baño-aseo.

Dejando las maletas y la raqueta, Prescott abrió la ventana. Daba sobre la galería cubierta, y otras mamparas idénticas a la de su habitación, dividían la galería en cuatro encajonamientos.

Los rombos entre listones permitían ver toda la galería.

—Hola —saludó Prescott.

A su derecha, el individuo rubio, de largo rostro caballuno, que estaba tendido en una hamaca, apartó la vista del libro que leía, y replicó:

—Hola.

Volvió a enfrascarse en la lectura de «Killer's holiday»^{3} y Prescott reconoció a Al Norris, al mudo cerebral.

A su izquierda, crujió la madera de los listones. Y entró en la porción reservada a la habitación veinte, un pecoso de pajizo cabello, ancha cara y vivaces ojos negros. Su acento era cadencioso, alargando las vocales.

—¿Qué tal, mozo? Soy Lloyd Nelson, y aquel es Al Norris. Ya que somos vecinos hemos de suprimir ceremonias. ¿Vienes por

trabajo?

—Me llamo Steve Prescott. Estoy descansando. ¿Qué tal, Lloyd?

Le resultaba simpático aquel tejano, estremecedor en el ring, pero ávido de simplificaciones en la vida corriente.

—Vamos abajo, tan pronto te pongas cómodo. Te presentaré al resto de la cuadrá. ¿Vienes, Al?

El británico se limitó a sacudir la cabeza, negativamente.

Prescott abrió sus maletas, extrayendo una cazadora ligera, y un pañuelo gris para el cuello. A su lado, comentó Nelson:

—Por si las moscas, te advierto que hay un italiano bromista. Te tenderá la mano, y cogerás aire, porque te presentará el pulgar.

—Truco conocido. Luché con él en Londres. Es más sucio que el hollín.

—Este mismo. ¿A quién más conoces de nosotros?

—Solo a Fosco Stoppa.

Bajando las escaleras, Lloyd Nelson preguntó:

—¿Quién te recomendó esta jaula?

—Mi patrón.

En el vestíbulo de la planta baja, el tejano se dirigió hacia una sala cuyas cristaleras transparentaban mesas de juego.

Empujó la puerta, anunciando:

—Os presento a Steve Prescott, que viene a reposar.

A espaldas de Prescott, la voz honda y áspera de Ingeborg, llamó:

—Venga usted, Lloyd. Le necesito inmediatamente.

El tejano dedicó un ondeo de dedos a Prescott, al dar media vuelta.

Steve Prescott entró en la sala de juegos.

En la mesa de «ping-pong» cesó el repicar del celuloide, al atrapar con la mano un moreno jugador la pelotita.

Dejaron de sacudir el barrilete los dos jugadores de parchís.

Y Fosco Stoppa, dando con la raqueta de «ping-gong» sobre la mesa, dijo:

—Este es Steve Prescott, marrullero como él solo, ahí donde le veis con cara de ingenuo.

—Cada cual a su esquina —ordenó uno de los jugadores de parchís.

Steve Prescott reconoció al «mandamás» Kurt Lukas, apolíneo

artista del ring.

CAPÍTULO XI

Steve Prescott avanzó hacia la mesita de «ping-pong», sentándose en una esquina. Identificó a cada uno de los que iban a encajar las espaldas en cada ángulo de las paredes.

Gunther Knab, plácidamente soñoliento, y Kurt Lukas, esbelto y elegante en su alta anatomía, estaban a sus espaldas.

Frente veía a Fosco Stoppa, que le miraba poco amablemente. Y en la otra esquina, Roger Lacross, moreno y de semblante irónico, se pulía las uñas en la solapa de su chaqueta de antílope.

—¿Cuál va a ser la broma? —preguntó Prescott.

A su espalda, el yank-húngaro, notificó:

—Siendo el inglés un idioma universal, podremos entendernos, Prescott. Hemos sido avisados por un anónimo comunicante, que se disponía a husmear en esta jaula un exluchador, rebajado a la indigna profesión de detective privado. ¿Eres tú, por casualidad?

—Por casualidad, no. Por afición.

Habló Roger Lacross:

—Por lo menos, el detective ataca directamente, Kurt. Lo consideraremos un atenuante.

Steve Prescott adoptaba una postura indolente, pero, cruzados los brazos, estaba muy dispuesto a no dejarse «embromar».

Porque notaba que aquellos cuatro encargados de darle la recepción, no iban a limitarse a zarandeos y acrobacias inofensivas.

Kurt Lukas especificó:

—Por motivos ajenos a tu incumbencia, no queremos a ningún tipo de tu ralea por aquí, Prescott. Mis compañeros arden en deseos de someterte a una «lucha india».

Sobre el ring, un luchador en el centro y cuatro en las esquinas. Pero en el ring, había momentáneas alianzas de tres contra dos. Allí, era evidente que ninguno de los cuatro golpearía a favor del central, sino en contra.

«Barrera compacta», pensó Prescott recordando las últimas advertencias de Rex Cutler. Debía de ser él, aquel anónimo comunicante...

—No seamos niños. Si va en broma, no me gustan las bromas. Y

si va en serio, menos todavía. Conque, tú eres el pastor de la manada, aguántales del collar...

—Una buena felpa le sentará bien —rezongó Fosco Stoppa, avanzando un paso.

—A tu esquina, Fosco —conminó Lukas—. Antes de vapulearlo, hemos de tener la certeza de que nos sobra la razón al echarlo del albergue. Hay botiquín en el gimnasio, Prescott.

—Seremos varios en hacer uso del botiquín. Repito... No seáis bestias. Puedo ser detective a ratos perdidos, pero no tengo nada de traidor. Yo aviso, al menos. No soy como este.

Y tendió Prescott un índice acusador hacia Roger Lacross, que arqueando las cejas, dijo amenazador;

—Le sobra «tupé» al detective de marras. Tiene la desfachatez de presentarse aquí a meter las narices...

—Las mismas narices que ayer noche me tocaste a traición, Lacross.

—Rompan filas —ordenó Kurt Lukas—. Todo tuyo, Roger.

El luchador alemán regresó a la mesa de parchís, sentándose. Fosco Stoppa se dirigió hacia la mesa de «ping-pong», de la que se apartó Prescott. Veía a Kurt Lukas observándole con expresión dubitativa, como quien mira a un fenómeno incomprensible.

Y también Roger Lacross ostentaba la misma expresión.

Steve Prescott ya no tenía que vigilar su retaguardia, y esperó la acometida del que, avanzando, decía:

—Si anoche te toqué o no las narices, tú lo sabrás. Pero ahora vamos a aclarar un punto. Has venido aquí, ¿con qué finalidad?

—Ya te la puedes imaginar, puesto que anoche me atizaste un gancho a traición, empapándome de éter. Faltando minutos para las once.

Roger Lacross se detuvo, cruzándose de brazos, sinceramente indignado. Tomaba por testigo a los demás.

—¿Lo habéis oído? Si todos los detectives son como tú, el mundo es jauja para aquellos cuya pista rastreáis. ¿Qué hago con él, Kurt?

Kurt Lukas, empuñando una raqueta de «ping-pong», inquirió con aparente indiferencia:

—En definitiva, ¿a qué has venido, Prescott?

—A preguntarle a este francés, por qué anoche, a las once, me

estuvo siguiendo y luego me zumbó a traición. A nada más.

Lukas dedicó una ojeada a los otros tres componentes del equipo.

—No hay motivos para meterse por ahora con el detective Prescott. Y tú, Roger, sácate del atolladero. Demuéstrale que está confundido.

Roger Lacross señaló hacia fuera:

—Voy a sacarte del atolladero, detective. Con mucho gusto. Pasa.

—Usted primero, *monsieur* —declinó Prescott.

—¿Desconfiado?

—Después del recibimiento que me habéis hecho, estaría sonado, si me confiase en cualquiera de vosotros.

Roger Lacross atravesaba ya el vestíbulo, y siguiéndole, Prescott trató de explicarse el nuevo zigzag de aquel laberinto.

Estaba convencido que lo esperaban dispuestos a vapulearle, y quitarle a golpes la idea de alojarse en aquel albergue.

Y de pronto, al citar que Roger Lacross le había seguido la noche anterior a las once, todo recelo y rencor parecía haberse esfumado de los brutales semblantes de los cuatro luchadores.

Incomprensible...

A medio camino entre la veranda y el garaje, Roger Lacross se detuvo.

—Ya que eres detective a ratos perdidos, vienes de perilla. Me aclararás un pequeño misterio.

—Vamos a despejar misterios. Para empezar, ¿tienes coche?

—Sí. Un «Simca», a medias con Gunther Knab. Somos la pareja taquillera. Gunther me vapulea en Berlín, y yo lo apisono en París. En la gira por Francia, las recibe todas Gunther, y viceversa en la gira por Alemania. El «Sunca» está a mi nombre.

—Matrícula, 3555 NA. ¿Es el tuyo, no?

—¡Sí! Puedes sacarle las huellas dactilares al volante,

Roger Lacross abrió la puerta central. Y Steve Prescott dijo:

—El «Adler» es también mi coche a medias con otro. Anoche tu «Simca» me seguía.

Roger Lacross dio un manotazo sobre el guardabarros del «Simca».

—Contesta, nene. ¿Le seguías anoche a tu vecino?

—Y tú ibas al volante.

Roger Lacross, cruzándose de brazos, rezongó:

—Repítelo. Jura que me viste al volante.

—Yo no te vi, puesto que me zumbaste a traición con éter...

—¡Acabemos ya! Anoche, a las once, yo dormía como un angelito, y pueden atestiguarlo todos. Anoche no actuaba ninguno de nosotros, y estuvimos digiriendo hasta las nueve. Y a las diez, cada cual estaba en su cama, ¿te lo creas o no!

—Hay un tipo que te puede identificar, puesto que te vio en tu «Simca» a las once, por cerca del Nordamm.

—¿Sí? ¡Venga, tráeme a este tipo!... Mira, yo de costumbre suelo tomarme las cosas en guasa. Pero lo que no me hace gracia, es que el relente de la noche, empape mi coche. Esta misma mañana, a primera hora, el «Simca» estaba a medio camino entre la autopista y el albergue. Alguien se lo apropió, y tendría un llavín de contacto, porque había rodado sus buenos kilómetros, y me dejó casi vacío el depósito que estaba lleno cuando lo encerramos Gunther y yo a las siete y media, hora de cenar.

—Le peor es que tienes cara de decir verdades...

—¡Anda, y toma! Precisamente yo estaba deseando averiguar quién me empleó el coche, para romperle un hueso. No podía ser ninguno de la cuadra, porque piden permiso, y se lo damos o no.

—Vamos a dejar de discutir tontamente. Basta con ir a Berlín, y en un momento resuelto. El llamado J. E. Brian fue el que te vio anoche.

—Vamos por él. ¡Valiente embustero! ¿Que me vio a mí?

—Le enseñaste tu permiso de circular...

Abrió Lacross la portezuela del «Simca», y hurgando en el bolsín, sacó una carpeta.

—Aquí está la documentación del coche, el permiso y lo demás. Vamos a salir de dudas. Me interesa tanto como a ti, saber quién conducía mi coche anoche.

Se instaló Prescott junto al volante, ladeado. Debía de sentarse igualmente en aquella posición Gunther Knab, porque las espaldas de Lacross ocupaban más de la mitad que le pertenecía.

Mantuvieron silencio hasta que se divisó el extrarradio berlinés.

—No estuvo nada bien el recibimiento, Lacross. Pensabais cascarme.

—Y duro —admitió, sin reservas, el francés—. El que telefoneó dijo que venías a husmear lo de las muertes de Oscar Murray y Ulric Olinski.

—¡Cáscaras! ¿Y cómo sabes tú que murieron, si la prensa no ha dicho ni media palabra?

—Por lo que sea, y aunque te hayas metido a sabueso, no me sientas mal, yank. Primero aclaremos quién me robó el coche, y después ya te explicaré lo que pasa. Creo que es mejor que lo sepas. Pero primero veamos a ese J. K. Brian.

J. K. Brian estaba escribiendo a su esposa en la biblioteca del alojamiento de policías militares.

Acudió al salón en que esperaban Prescott y Lacross, y saludó con el «toque» entre nativos de Brooklyn.

—Hola, camarada.

—Hola, Johnny. Ven a echar un vistazo a un «Simca».

En el patio, Brian enfocó con su linterna la matrícula, y confirmó:

—Visto. Este es el «Simca» que detuve yo un poco antes de las once, anoche.

—Enfoca ahora a mi acompañante, Johnny. Dice que no conducía él, y yo estoy por creerle.

John K. Brian no empleó la linterna. Detalló a Lacross, y dijo:

—Ni hablar. Este mastodonte no era el del volante. Era otro mastodonte.

—¡Cáscaras! Y, ¿cómo estás tan seguro?

—Tu amigo tiene un perfil corriente, y su cabello es largo. El que iba al volante y me enseñó el permiso, no cabe duda que era también luchador. Pero su cabello era negro y crespo, corto. Tenía perfil de bruto rapaz y sarcástico, de mandíbulas muy salientes, y vestía un chaquetón azul sobre un jersey grueso, que le llegaba al cuello. Llevaba en la coronilla un gorrito de lana, con borla. Este amigo tuyo no tiene nada que ver con el que anoche llevaba el volante de este «Simca». ¿Algo más, Steve?

—Gracias, Johnny.

Steve Prescott devolvió maquinalmente el saludo de Brooklyn. Y empuñando el volante, Lacross exclamó triunfante:

—¡Ya estás enterado! Y pensar que un poco más nos zumbamos... La cosa ya está clara. Empleó mi coche y mi permiso,

un granuja bribón, del que ya tenemos un retrato bastante detallado.

El «Simca», abandonando el cuartel general de la policía militar norteamericana, rodaba ya por Hindenburg Strasse, cuando comentó Lacross, mirando por el retrovisor:

—Tienes la misma cara del ternero rumiando hierba desconocida, cuyo jugo intenta clasificar. ¿No eres detective? Pues a demostrarlo. No puede resultar difícil encontrar a un mastodonte de cabello corto, negro y crespo, mandíbulas de carnívoro, perfil de bruto sarcástico... *Sacré tonerre!*

Y a la par que imprecaba, Roger Lacross movió las manos para restablecer la recta después del golpe de volante brusco.

—¡Es... imposible! Tu amigo Brian ha descrito exactamente a un hombre que yo conocí de vista... ¡y que está muerto!

Steve Prescott iba viendo al comedor de ostras y bebedor de ron: Oscar Murray. Al que luego vio tendido, inmóvil, en la mesa de mármol del depósito de cadáveres.

Y que J. K. Brian afirmaba con la tranquila convicción del policía militar, haber visto conduciendo un «Simca» la noche anterior.

CAPÍTULO XII

—Gorro de lana, chaquetón azul marinero, jersey grueso, así vestía Oscar Murray, un bribón que visitaba con frecuencia el albergue. Escucha, Prescott, esto ya pasa de castaño oscuro. Yo, como los otros, hicimos un pacto cuando nos lo pidió Lukas. Nos dio pena... Mejor que te lo explique el propio Lukas.

—Mejor —asintió Prescott.

Era demasiado confuso todo aquello. Roger Lacross conducía al máximo, también pensativo. Y cuando llegaban a la explanada, vieron a Kurt Lukas caminando hacia el garaje, cuya puerta central abrió.

Bajando del «Simca», Steve Prescott seguía exteriorizando confusión mental. Roger Lacross, dando vuelta al radiador, se cruzó de brazos al inclinarse contra el parabrisas.

—Díselo tú, Prescott.

—Yo vine a averiguar quién fue el que anoche me dejó fuera de combate. Conducía este «Simca», y enseñó el permiso de Lacross. Un policía militar acaba de describir exactamente a un tal Oscar Murray.

Kurt Lukas miró repentinamente a Lacross, que expuso con firmeza:

—Si le contamos la pura verdad, él se abstendrá de ser detective curioseando. Es buen trigo, te lo digo yo, Kurt. Cuando sepa lo ocurrido, será uno más de nosotros, solidario por espíritu de compañerismo.

—Tal vez será lo mejor. Pero se tratará de un parecido... Oscar Murray murió...

—Murió, murió... —atajó Lacross, dubitativo—. ¿Quién lo dijo? Un pobre «chalo»...

—Presta atención, detective —advirtió Lukas, serio el semblante—. Cuando llegaste, estábamos dispuestos a darte una lección, por creerte capaz de buscarle un disgusto a un pobre desgraciado. Dice el doctor que no va a quedar más remedio que devolver a Rudolf Krauss.

—Pero, ¡si Krauss puede curarse! Y solo Ingeborg y el doctor

pueden curarle. Tenerle encerrado en un manicomio es peor que condenarle a muerte. Él solo se curará aquí... —protestó Lacross.

—Mató a Murray cuando este, de noche, entró en su habitación. Y después, mató a Ulric cuando este fue a provocarle. Dice el doctor que podrá explicar a la policía, que tanto Ulric como Murray se buscaron la muerte, pero que ya no podrá retener por más tiempo en tratamiento al pobre Krauss.

—No, no podré —afirmó el doctor Drone, entrando. Se secó los ojos, y añadió, aproximándose—: Veo que habéis decidido admitir en vuestra solidaria asociación a Steve Prescott. Pero no le exponéis ordenadamente los hechos. Empezaré por explicarle el caso de Rudolf Krauss.

Steve Prescott asintió. Empezaba ya a comprender parte del misterio...

—Rudolf Krauss se produjo una lesión cerebral, a fines del mes pasado, que exigió su inmediato internamiento en un sanatorio. Pero su locura furiosa, calificada como incurable, se acentuaba al ser sometido a tratamiento por psiquiatras desconocidos para él. En cambio, Rudolf se convertía en dócil, cuando mi cuñada Ingeborg, en sus visitas, le daba las inyecciones, le exigía que comiera, y lo trataba como a un ser normal. Consiguió Ingeborg permiso para trasladar a Rudolf a nuestro albergue, haciéndonos responsables de su persona. Lo instalamos en la habitación de la planta baja, entre la mía y la de Ingeborg. Cerrábamos todas las noches, por fuera, con barra de seguridad que hicimos colocar, la puerta y la ventana. Y anteanoche...

Volvió Drone a secarse los ojos, y Kurt Lukas intervino:

—Un individuo de malos antecedentes, descalificado para actuar en el ring, Oscar Murray, que varias veces fue sorprendido rondando por el albergue, cometió un error. Levantó la barra de seguridad exterior, y se coló en la habitación donde dormía Rudolf.

El doctor Drone agitó el pañuelo.

—Díganle a Ingeborg que voy a visitar a Rudolf. Les está esperando para la cena. Si puede soportar un espectáculo no muy agradable, oirá a Rudolf en persona, Prescott.

—Conozco a Rudolf Krauss. Luché con él en gira por los Estados.

—Tanto mejor, tanto mejor —sonrió el doctor Drone—. ¿Eran amigos?

—Él me enseñó alemán. ¡Pobre muchacho! Era inocentón con todas sus arrobadas de músculos.

Lukas y Lacross entraban ya en el albergue, y cuando llegaban el doctor y Prescott, aguardaba en el vestíbulo Ingeborg Muller. Su expresión seguía siendo poco amable, pero su voz tenía un deje de cordialidad:

—¿Ya no ve usted misterios, jovencito?

—Le estaba diciendo al doctor, que me appena lo sucedido. Yo conocía muy bien a Rudolf.

—También nos appena pensar que después de lo ocurrido esta misma noche, no podemos ya continuar tratando a Rudolf. Será preciso entregarlo a otros cuidados. El doctor es demasiado bueno, y ahora la policía nos importunará, haciéndonos indirectamente responsables de las muertes de dos granujas. Porque eran dos granujas...

—Pero eran seres humanos, Ingeborg —reprochó Drone—. Vete a avisar a Rudolf, anunciándole la visita de un antiguo amigo.

Minutos después, Steve Prescott miraba compasivamente, al que sentando en una mecedora, se balanceaba rítmicamente...

Rudolf Krauss había sido un luchador de aspecto terrorífico, porque a su gran talla y peso, unía un rostro poco favorecido por la Naturaleza. Pómulos salientes, ojos almendrados, espesas cejas, frente estrecha, y grandes dientes amarillentos.

Prescott pudo darse cuenta en la gira de medio año, que Rudolf Krauss, presentado en el ring como un odioso pitecántropo, era, privadamente, un ser afectuoso, bonachón y poco despierto en inteligencia.

—Buenas noches, Rudy —saludó, en alemán, el doctor Drone—. Ya te ha dicho *mutti* que tienes aquí a un amigo más.

Los ojillos de claro azul, del luchador demente, examinaron fijamente al que, avanzando, tendía las dos manos, y que, en alemán, pronunció entrecortadamente:

—¿Cómo estamos, ganso? Tú el ganso, yo el bisonte, ¿Te acuerdas, Rudy? La rubia que nos inundaba de cerveza en Milwaukee...

Rudolf Krauss miró a Ingeborg a su lado, después al doctor, y, por fin, habló con lentitud:

—Es Steve, el yank, el bisonte...

De los ojillos azules resbalaron unos lagrimones, y Steve Prescott, al sentirse aferradas en sacudidas amistosas las manos, sorbió ruidosamente.

Cuando el alemán le soltó las manos, Steve Prescott apoyó su diestra abierta en la nuca del demente, y atrajo hacia su pecho la cabeza del que en los rings era presentado con el apodo de «Gorila implacable».

—Vamos, vamos, Rudy, sin ponernos tiernos, cáscaras... El doctor y *mutti* te tratan como a un hijo, y aquí está tu amigo Steve.

Separándose, Prescott atrajo una silla, y al sentarse frente al que volvió a mecerse, secados los ojos por Ingeborg, añadió:

—Yo también estuve algo enfermo unas semanas, y... ya ves, me curé...

—Tengo que vigilar la cena de vuestros compañeros. Hasta luego, Rudy.

Se fue Ingeborg, y el doctor Drone indicó, persuasivamente:

—Todos aquí somos tus amigos, Rudy. Y Steve quiere hacerte unas preguntas. Contéstale sin ninguna clase de reparo. Es tu amigo, y como todos nosotros, lo que anhela es ayudarte. Os dejaré solos.

—Gracias, doc —dijo Prescott reconocido.

Por unos instantes, solo se oyó el leve quejido de la mecedora. Rudolf Krauss miraba a Prescott, como un enorme perrazo sorprendido en acto reproable.

—No has de inquietarte, Rudy. Lo que hiciste no se te puede achacar...

—Vinieron a reírse de mí, y decían que ya solo servía para beber soporíferos. Y les dije que no... Que también bebía ron y cerveza. Y bebieron ron y cerveza. Pero no sabían que yo les estaba rellenando de soporíferos. Y cuando estuvieron muy dormidos, no quise que comprometieran a *mutti* ni al doctor. Me los llevé a la ciudad.

Rio agudamente Rudolf Krauss, mirándose las dos manos.

—Las dos francesas decían que yo era un horrible monstruo. Lo escribió así una de ellas... Matarlas no me gustaba. No, no me gustaba. Una de las veces que vinieron, y que no estaba yo enfermo, traían unos libros. Me quedé con dos cortapapeles, bonitos, cosa fina... Ellas creyeron que los otros se los habían quitado. Preguntaron a todos, menos a mí, al monstruo horrible. Y se marcharon convencidas de que uno de los otros, guardaba los

cortapapeles con flores, como recuerdo. Y cuando dejé a Murray en el muelle, le plantifiqué como recuerdo un cortapapeles. A Ulric lo dormí en el mismo nido de las dos francesas. Él las esperaba, y yo entré por la puerta posterior. Y bebió champaña, y se durmió, y le plantifiqué el cortapapeles. Las oí llegar a ellas dos, y me fui. No, no me gustaba matarlas.

—Hiciste bien, Rudy —aprobó, algo incoherentemente, Prescott—. ¿Por qué fuiste con Ulric?

—Vino a buscarme, y cuando regresé tuve que explicárselo al doctor. Vino a decirme que me convenía una cena alegre, pero que tendría que entrar por la puerta posterior

—¿Y qué quería de ti Oscar Murray?

—Burlarse, vino a burlarse.

Rudolf Krauss levantó los dos puños, aplicándoselos a las sienes.

—Son como hormigas, y una tras otra, empiezan a transportar arena ardiente, dando vueltas —fue diciendo. Y fluyó la saliva.

Steve Prescott se levantó porque en su hombro acababa de apoyar el doctor Drone una mano, en presión significativa.

—Son hemicráneas, Rudy, y te curarás pronto. Volverá a verte tu amigo.

—Hormigas, procesiones de hormigas, rodando arenillas quemantes...

La puerta, cerrándose, ahogó la divagación del demente. En el comedor, cuatro mesas juntas, recubiertas por mantel, tenían por comensales a Kurt Lukas y su equipo.

Lacross señaló con el mentón la silla libre ante él. Estaba entre Gunther Knab y Fosco Stoppa.

Ocupaba Lukas una cabecera, y en la otra se sentó el doctor.

Quedó Prescott entre el británico Al Norris y el tejano Nelson. Ingeborg iba repartiendo generosas raciones de sopa de pescado.

—Es impresionante verle así —declaró Prescott—. Éramos grandes amigos, y el pobre me reconoció enseguida...

—Coma y calle, Steve —conminó Ingeborg, pasando a rellenar el plato sopero de Al Norris.

—Te pondrá un babero, si rechistas —aseguró Nelson.

La actividad de Ingeborg rellenando platos, iba sincronizada con la silenciosa actividad de los luchadores comiendo.

Guisos sencillos, nutritivos y abundantes. No era una mesa en la

que el principal placer consistía en la conversación. Cada cual atendía solamente al plato que ante sí tenía.

El doctor Drone, servido el último, y en raciones inferiores, alzó la mano cuando Ingeborg iba a servirla el postre.

Fosco Stoppa interrumpió el largo paréntesis de silencio, protestando:

—Está usted abusando, *Frau Inge*. Otra vez tortas tejanas. Yo prefiero queso.

—Tomará queso cuando se haya comido estos pasteles, «signore» —aseguró Ingeborg.

La deglución de los tazones de leche, equivalió a la sobremesa. Ingeborg Muller anunció:

—Pagaré en dólares, uno por día, Steve. Ya es como los demás, y no un detective.

Al Morris se levantó, y seguido por Gunther Knab y Fosco Stoppa, abandonó el comedor. Yendo tras ellos, preguntó Lloyd Nelson:

—¿En qué coche, Kurt?

—Os llevará Gunther.

El doctor Drone expuso:

—Actúan esta noche. Tal vez le gustaría verles. No lucharán «emparejados» sino contra otros.

—De la cuadra de Gastón Borel —aclaró Lukas—. Bueno, doctor, convendría poner en limpio si Rudolf mató o tan solo creyó matar a Murray.

—Esta madrugada, cuando sorprendí a Rudolf regresando, y el desgraciado estuvo dando vueltas por el campo antes de decidirse a venir, se portó como un niño. Lloraba, acusándose de desleal conmigo y mi cuñada. Realmente fue para nosotros una terrible revelación.

Asintió, con sincera compasión, Steve Prescott.

—Tan pronto nos reveló que la noche anterior había matado a Murray y que acababa de matar a Ulric, decidimos llamar a la policía. Pero estos muchachos olieron que solo aquí tenía Rudolf posibilidades de recuperar su sano juicio.

—Murray vino a escarnecer al pobre Rudolf, y lo mismo pretendió Ulric. Los mató en estado de irresponsabilidad —sentenció Lukas.

—De acuerdo, pero callarlo por más tiempo nos perjudicará a todos —arguyó Drone—. Posiblemente seré juzgado por no haber denunciado a Rudolf...

Kurt, Lukas y Roger Lacross miraron a Steve Prescott, que, pensativo, opinó:

—El doctor tiene razón. Ocultar lo sucedido a la policía por más tiempo, os compromete a todos vosotros. Os guiaba una buenísima intención, pero Ulric ha muerto. Yo puedo esta misma noche averiguar si Oscar Murray fue recogido herido, y se halla hospitalizado, o creyó Rudolf en su demencia, haberlo matado. Escuche, doctor... Quiero y puedo ayudarle. Las revelaciones hechas por Rudolf, olvídelas.

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir, Steve?

—La policía le reprocharía no haber denunciado la fuga de Rudolf. Yo, detective, vine aquí, porque anoche el «Simca» de Lacross, robado por unas horas, me indujo a sospechar. Esclarecido este punto, supe que Rudolf Krauss, amigo mío, se hallaba aquí. Le visité... y Rudolf Krauss me lo ha contado todo. Acaba de contármelo. Queda así a salvo esta «barrera compacta» que por amistad han levantado ustedes.

—Gracias, Steve —contestó Lukas—. Pero has de hacer más aún.

—Venga a ver.

—Puedes conseguir que en el sanatorio lo dejen en paz. Que solo le visiten el doctor y *Frau* Ingeborg. Está demostrado que solo ellos dos tienen influencia sedante sobre Rudolf.

—Y nuestro buen amigo Steve —sonrió el doctor Drone.

—De momento convendría aplicar una dosis fuerte de soporífero al pobre Rudy, doctor —aconsejó Prescott—. Y trasladarlo al sanatorio, mientras yo lo arreglo todo con la policía. Díselo así a los otros, Kurt. Nadie sabía nada, hasta que ahora mismo, al verme Rudy empezó a revelarme todo.

Roger Lacross dio palmadas sobre el cuello de Prescott, mientras decía Lukas, levantándose:

—Eso es compañerismo del bueno, Steve. Te acogimos con hocico hostil, pero ahora nos has resuelto el problema.

—En mi coche, vamos a visitar al propio comisario americano. Así evitaremos una publicidad desagradable. Si es posible conseguirlo, que lo dudo, continuará Rudolf aquí. Cuando quiera,

doctor.

—Iré yo también —manifestó Lukas—. Pero me temo que por más que lo deseemos, ya será imposible evitar que Rudolf vaya al sanatorio.

* * *

El comisario americano, examinó el carnet que le tendía Prescott, diciendo: «detective privado, señor», pero dándole a examinar la hoja en que constaba su calidad de adscrito al Servicio Secreto.

Escuchó atentamente el relato de Prescott, y dijo, por fin, que si bien en atención a no comprometer a la hermana del coronel Roland, garantizaba que no habría publicidad, era necesario, inmediatamente, recluir a Rudolf Krauss.

Se ocupaba de resolverlo todo con el comisario alemán. Y ya fuera, declaró Prescott:

—Cualquier persona de buenos sentimientos, dará por bien muertos y enterrados a Ulric Olinski... y a Scar Murray. Me enteraré husmeando por la Brigada Fluvial. Me reuniré con ustedes en el «Catch Palast».

Y a solas, Prescott, cerciorándose de que nadie le seguía, penetró en la sede que encubría bajo rótulos comerciales, las dependencias del servicio secreto americano.

El encargado del registro pareció ofendido:

—¿Cómo que si era Scar Murray el muerto que me entregaron anteayer? Habrá usted oído hablar de la identificación necrodactilar y odontológica. Yemas de los dedos, y muelas, señor Prescott.

—De acuerdo, de acuerdo. Pero alguien, digno de crédito, vio anoche a Scar Murray.

—Yo soy digno de crédito, pero cuando tengo unas copas de más, me figuro que cualquier morena que pasa es la Jane Russell, ¿ya sabe? Esa incendiaria vampiresa que tiene dos grandes y firmes talentos gemelos.

—Vaya ojazos que tiene la indina —rio Prescott—. Pero me quedaría tranquilo, si viera a Murray. Cuarenta y ocho horas en la nevera, ¿no?

—Y también sesenta y dos, con inyección apropiada. Usted mismo, sírvase, señor Prescott. Compartimiento sexto. Ahí tiene a

su fantasma.

Steve Prescott abrió el compartimiento frigorífico número 6, que en su etiqueta llevaba la mención:

«Oscar Murray».

Y Steve Prescott se mordió el labio inferior, reteniendo su favorita imprecación.

Olía a fenol y antisépticos poderosos el compartimiento frigorífico número 6, etiquetado: Oscar Murray.

Pero estaba totalmente vacío.

—¿Qué? ¿Se convenció ya de que los muertos que yo custodio no faltan nunca a la hora de pasar lista, señor Prescott?

Cerrando la compuerta. Steve Prescott advirtió;

—Guárdelo secreto, colega, hasta que pueda yo pueda comunicarlo al capitán Dickson. Pero esta vez su muerto no responde el pasar lista... No ponga esa cara, hombre. El capitán Dickson ya dijo que Oscar Murray, hasta muerto, era capaz de darle la sorpresa al más pintado. Guarde el secreto, porque este muerto volatizado, es propiedad del capitán Dickson y mía. Procuraremos devolvérselo.

Y solo fue en la calle, cuando Steve Prescott recordó que en la última entrevista sostenida con el capitán Dickson, este sonreía extrañamente cada vez que su ayudante aludía a Oscar Murray, como difunto.



—Este muerto volatizado es de mi propiedad.

CAPÍTULO XIII

La cartulina destacaba sobre el asiento su blanco rectángulo, y la recogió Prescott antes de instalarse. Estaba ya firmemente dispuesto a no sorprenderse de nada, ni dejarse sorprender por nadie.

Mientras visitaba la «nevera» alguien le había dejado aquella cartulina. Escrita con mayúsculas vigorosas de trazo rápido. Un bolígrafo, ya que al reverso quedaban en relieve los trazos.

«Próxima víctima será Margot Roland. Sea usted de grado o a la fuerza su sombra. Observe reacciones cuando aparezca Oscar Murray.»

El mensaje era explícito aun en su vaguedad. Podía proceder de algún agente al que Dickson hubiese dejado en plan de auxiliar.

Fue conduciendo a progresiva velocidad, después de su primera reacción incrédula. Recordaba a la orgullosa hermana del coronel Roland. Se había despedido de él casi en forma amenazadora.

Pero, a veces, el pánico se exterioriza como orgullo. Lo cierto era que aquella misteriosa cartulina no procedía de un enemigo. Ignoraba la razón por la que confiaba plenamente en el autor del mensaje. Pero fue deduciendo que solo un agente secreto, podía saber que él estaba verificando si Oscar Murray continuaba inmovilizado por la muerte.

Silbó entre dientes, para evitar que se enredase más la madeja de sus pensamientos. Solo una persona debía ahora merecer la máxima concentración de sus esfuerzos:

Margot Roland.

A cada lado de la abierta puerta del jardín, dos linternas desparramaban sus reflejos, al igual que en el marco abierto del garaje.

En primer término, se hallaba el «Mercedes Benz», y no había más coches. Bajando del «Adler», se dirigió Prescott hacia el rellano iluminado. Entraba en él, cuando resonó con estridencia una voz femenina.

Se abalanzó, dirigiendo su zurda al sobaco...

Y cuando apenas se extinguía el último eco del grito femenino aterrorizado, se apagaron las luces.

Steve Prescott percibió numerosas sensaciones a la vez: respiraciones cercanas, y, simultáneamente, una torcedura en su brazo izquierdo, y otra en sentido contrario, en su brazo derecho.

Presa la muñeca con una mano, y palanqueando en el codo con otra.

Dos técnicos en lucha, estaban intentando inutilizarle dolorosamente, beneficiándose de la sorpresa y la obscuridad.

Contra la doble presa, solo existía una posible defensa, y era sacudirse de encima a uno de los agresores.

Crujieron sus omoplatos, mientras elevándose en impulso vertical, coceaba en abierta tejera repetida.

Quedó suelto su brazo derecho, que pudo emplear a modo de palanca cogiéndose la zurda, en evitación de que su clavícula saltara desencajada.

Apenas enlazó sus manos, se inclinó bruscamente.

Y por encima de sus espaldas volteó unos noventa kilos de alevosa humanidad.

Aproximadamente, los mismos kilos iban tras el rodillazo que lanzó a Steve a varios metros de distancia.

Derribó una silla y una mesa, perdiendo el equilibrio. Tuvo que acoger con los pies en alto, a la primera sombra que se abalanzaba.

Y volvía a empuñar la «Skoda» de doble percusión, cuando sintió gemir la madera de una silla.

La silla acababa de destrozarse chocando entre su espalda y su nuca. Una tercera masa atacante acudía, cuando Steve Prescott, arrodillado, pugnaba por recuperar los sentidos que a gran velocidad se escapaban lejos de su control.

Estaba tan insensibilizado, pensó, que no percibía ningún golpe. Y sin embargo, lo que estaba oyendo, no dejaba lugar a dudas.

Jadeos, forcejeos, golpes, gemidos de dolor... Un confuso barullo en la obscuridad, formado por tres masas forzudas que combatían frenéticamente.

Y todo ruido cesó, mientras sentado sobre sus tacones, Steve Prescott esperaba poder oír la cuenta del árbitro, para saber aprovecharse del necesario reposo, antes de que sonara la cifra fatal.

Sus ojos, desvelándose, empezaban a percibir contornos... Ladeando la cabeza, vio dos siluetas femeninas, hombro contra hombro, cabezas juntas, reclinadas en el diván...

Steve Prescott oyó un chasquido metálico. Frente a él. A unos dos metros. Y permaneció boquiabierto, dilatados los ojos...

El chasquido procedía de una linterna eléctrica, cuyo haz, iluminando desde el pecho, daba tonalidades espectrales a las voraces mandíbulas, y al sardónico rostro de crespo cabello negro.

El haz de la linterna confería un regocijado satanismo a la sonrisa de Oscar Murray...

Steve Prescott permanecía oyendo los latidos de su corazón, que golpeaba sus costados como un martillo de forja.

El terror hacia el peligro desconocido, era lo que le paralizaba.

Y a sus espaldas, se elevó el alarido más espantoso que jamás pudo oír...

Empezó siendo un sordo murmullo, un gemido que fue ampliándose hasta convertirse en un prolongado ulular, horrible, por su primitivismo animal de pánico humano.

Helaba la sangre en las venas el escalofriante aullido femenino, que fue cediendo hasta transformarse en vago lamento reiterado. La linterna se apagó, y Steve Prescott, enfurecido, se abalanzó hacia el sitio en que se hallaba Oscar Murray.

Abrazó y zarandéo un sillón volcado, que tiró furiosamente contra la pared...

Un motor roncó estrepitoso, y Prescott, empuñando la «Skoda» corrió velozmente hacia el garaje.

Ya no estaba el «Mercedes Benz».

Salió del recinto, y vio la capota gris perla alejarse y virar por el dédalo de calles del barrio Wansea.

Recomponiéndose la ropa, regresó al interior. Fue tanteando, hasta encontrar el cuadro de interruptores. Volvió a conectar la palanca, y germinaron esplendorosas todas las luces.

Con la «Skoda» empuñada cerró la puerta del garaje, y la del rellano tras entrar. Avanzaba cauteloso, con rabia contra sí mismo. Había sido tundido, pero lo que le molestaba era que había temblado de puro pánico al contemplar la sardónica sonrisa del difunto Oscar Murray.

Había sillas derribadas, una de ellas destrozada a un lado del

diván en el que, atadas codo a codo, permanecían estrechamente unidas por la ligazón de un cortinaje retorcido, Margot Roland y Marguit Montel.

La periodista, reclinada su cabeza contra el hombro de la rubia Margot, seguía gimiendo en patéticos sollozos ahogados.

Steve Prescott, al ir deshaciendo los nudos del cortinaje en torcida, vio que una de las piernas de la periodista estaba desnuda. La otra se enfundaba en media nylon.

Cerca del pie desnudo de la morena periodista, había un hornillo eléctrico y unas pinzas de depilar.

—Coordinemos, por favor, coordinemos —masculló Prescott—. No hablemos todos a la vez. Océpese de Marguit.

Se dirigió al ventanal, sin abandonar su postura amenazadora. Le dolían las clavículas y la nuca. No volverían a sorprenderle...

Se esquinó para poder avizorar las dos puertas abiertas que daban al cuarto de estar, a la vez que, adherido junto al ventanal, quedaba ya seguro de que nadie entraría sin recibir un caluroso acogimiento.

Margot Roland tenía maternales inflexiones en la voz, al ir diciendo:

—Ya pasó, Marguit, Bebe este cordial. Te encontrarás completamente restablecida en unos instantes.

Vio Prescott las blancas y diminutas píldoras que, desde la palma de su mano, Margot Roland hacia caer en el líquido granate de la copa que tendía a la que continuaba gimiendo, reclinada la nuca en el reborde del diván, desmadejada, cubriéndose el rostro con las manos.

—Bebe, Marguit.

Ya no maternal el tono, sino imperativo.

La hermosa periodista, apartando las manos, bebió anhelosamente cerrando los ojos. Margot Roland le sostenía el mentón, y como una enfermera elevaba la copa aplicada en los labios trémulos.

Seguía de nuevo hablando persuasiva, dulcemente:

—Nos iremos esta misma noche, Marguit. Y ya no tendremos nada que temer. Además, está con nosotras el detective Prescott...

Como bajo una influencia hipnótica, la periodista dejó de crisar las facciones, y sus manos fueron resbalando a lo largo de su busto

hasta quedar inertes, colgando a un lado del diván.

Margot Roland, volviéndose, dijo inesperadamente:

—Estoy dispuesta a contestar todas sus preguntas, sean las que sean, porque comprendo ya que sola no puedo continuar luchando contra un horrible chantaje.

—Los que se fueron, pueden volver a la carga. ¿Los reconoció?

—Eran dos, y se cubrían la cabeza por completo con una capucha atada al cuello. Solo rendijas para mirar. Tenían la misma voz: ronca y opaca... Eran dos luchadores.

—Me consta. Y no pueden ustedes permanecer aquí. Yo identificaré a uno de los que en la obscuridad me atacó. Le incrusté un punterazo en las costillas, y el morado no se lo quita nadie.

Margot Roland señaló a su compañera:

—Dormiré horas, porque le he administrado una doble dosis de medomina chloral. La pobre lleva tiempo empleando dos drogas: chloral para dormir, bencedrina para estimularse al despertar.

Y de pronto, la enérgica Margot, se convirtió en femenina encarnación de la debilidad, al decir con voz truncada:

—No me abandone. No me deje de nuevo sola... No tengo en quién confiar.

Steve Prescott, acercándose al diván, enlazó a la durmiente. La levantó, atravesada ante el busto, y la mano que sobresalía bajo las rodillas de la periodista, empuñaba la «Skoda» como indicador.

—Vamos al garaje, y no se amilane, Margot. La solución está en el parador de los luchadores... ¡y cáscaras!, que no amanece sin que esté yo al cabo de la calle. O mejor dicho, sin que haya salido de este maldito laberinto.

Caminando hacia el garaje, observó que ella recogía de un armario empotrado una raqueta...

Pestañeó, crispando las mandíbulas. Ya nada podía asombrarle, después de haber visto la sonrisa de Oscar Murray.

CAPÍTULO XIV

Acomodó Prescott a la durmiente en el asiento posterior, y cerrando la portezuela, señaló el volante a la que, sentada, acababa de colocar la raqueta en la redecilla sobre el parabrisas.

Empuñó Margot Roland el volante, y él fue a abrir la puerta del garaje. Ya no tenía el menor parecido con un atleta despreocupado. Hasta la última de sus fibras, estaba dispuesta a dar el máximo rendimiento apenas surgiera un imprevisto.

Y se dio cuenta Prescott que avanzaba por el jardín, apoyada la diestra en la carrocería del «Adler», como cuando en senderos erizados de enemigos, un tanque o un *jeep* resultaban el mejor de los parapetos móviles. Pero la Cuarta Poniente de Wansea seguía presentando el aspecto de una calle normal. Coches circulando espaciadamente, gente transitando...

Mientras cerraba la puerta del jardín, y volviéndose se dirigía al «Adler» que le esperaba, pensó que una ciudad era peor que una jungla asiática. En la jungla se sabía identificar prontamente el peligro. En una ciudad como Berlín, con todas sus luces y animación, se caminaba a tientas.

Se apartó Margot Roland, y tomando el volante, dijo Prescott:

—En veinte kilómetros, sobra tiempo para que usted me aclare un trozo de tinieblas.

—¿Se dispone usted a ir al «Paradies»?

—Allá voy. Dando un rodeo. Pasaré por el «Catch Palast». Esta noche, tenían que luchar Lloyd Nelson, Gunther Knab, Al Norris y Fosco Stoppa. Si siguen en el programa, podemos descartarlos del reciente combate fuera de programa. Coordinemos a mi modo, Margot. Explíqueme por qué me esperaban los dos encapuchados esos.

—No le esperaban. A las nueve en punto teníamos que esperar una llamada telefónica. Fue Marguit la que cogió el teléfono, cuando a las nueve en punto sonó el timbre. La voz que no puedo saber a quién pertenecía, masculina, dijo que no había encontrado el sobre con las fotografías solicitadas, en el sitio acordado. No me di entonces cuenta que estaban hablando por el teléfono interior,

desde el garaje. Contesté que mientras no me fuera revelada la identidad del que mató a Ulric Olinski, en nuestro departamento anterior, no entregaría las fotos obtenidas mientras mi hermano estaba en el comedor de su alojamiento.

—Creo que será mejor que a mi regreso, empiece usted desde un principio, porque en vez de disipar tinieblas, su explicación las hace más densas para mí. Vuelvo enseguida.

Bajó Prescott del «Adler» apartado en uno de los entrantes circundando el «Catch Palast», y al irse aproximando oía el peculiar rumor de silbidos, vociferaciones y rumores, que tejían con el humo, el ambiente clásico del espectáculo de la lucha libre... entre cuerdas y con árbitro. No tuvo que entrar. Un individuo vistiendo el uniforme gris del personal empleado en el «Palacio del Catch» berlinés, estaba aplicando una tira de papel impresa sobre uno de los nombres del cartel.

Se adelantó para leer en otro cartel, antes de la llegada del empleado, la franja correspondiente al segundo combate de la noche.

«ABE KASBEK
94 kilos
El Huracán de la Estepa
contra
AL NORRIS
92 kilos
El Flemático Demoledor.»

El empleado paso la húmeda brocha sobre el nombre, peso y apodo del luchador británico. Colocó encima la franca impresa:

ROGER LACROSS
96 kilos
El coloso de las mil y una filigranas.

Dando media vuelta, Prescott recordó al británico de la cara caballuna, silencioso, de ojos glaciales.

También en silencio, endurecidas las facciones, maniobró hasta alejarse de las hileras de coches aparcados. Recordaba que también en otro coche había una persona insensible a toda noción.

Ahora conducía él, y tenía que sacar el máximo fruto del evidente aniquilamiento de Margot Roland,

Dijo con incisiva rudeza:

—Ya no podemos andarnos por las ramas, ni con florituras, «mamzel». Voy a hacer uso del privilegio que me prometió. Interrogaré a mi manera. Y si persiste en mentir, no demostrará ni pizca de inteligencia. ¿Conocía usted a Oscar Murray?

—Sí. Le conocíamos Marguit y yo. Como a otros luchadores. Todo empezó al poco tiempo de ser destinado mi hermano al Despacho Tercero, en Berlín. El Despacho Tercero, del que es el jefe, representa a Francia en los acuerdos sobre la reorganización de las fuerzas ocupantes francesas, inglesas y norteamericanas.

—¿Cómo conoció a Murray?

—Mi amiga Marguit que venía con nosotros, ya que hace años que es íntima de nuestra familia, y la consideramos como una hermana, dijo que iba a empezar una serie de reportajes sobre lucha libre. El primero versó Sobre la gran diferencia existente entre el atleta del ring, y el mismo atleta en su vida íntima. Roger Lacross fue el primero en prestarse amablemente al reportaje. Y dos noches después...

—¿Cuándo?

—El viernes de la pasada semana. Oscar Murray nos abordó directamente, sin presentación, cuando salíamos del «Paradies». Hizo auto-stop, parándonos junto a la autopista. A Marguit le pareció muy interesante. A mí, francamente odioso. Se presentó como modelo de personaje apto para rellenar numerosas series de reportaje. Previne a Marguit, cuando ella quedó citada con Murray, que este era un aventurero peligroso.

—¿Cómo lo sabía usted?

—Bastaba verle, pero además durante la Resistencia yo había oído hablar de Oscar Murray. Un personaje siniestro, tipo clásico del agente doble. Y el jueves último, ayer, la misma voz que esta noche me exigió la entrega de las fotos, asusto a Marguit, que me pasó el teléfono. Dijo que Oscar Murray había fallecido, a causa de un cortapapeles con dos margaritas, atravesando su corazón. Colgué, convenciendo a Marguit de que era el propio Oscar Murray, que tenía fama de bromista pesado, el que se hacía gracioso empleando un simbolismo de corazón atravesado.

—En la noche del miércoles, ¿vieron a Murray?

—Para nada. Yo no le trataba. Marguit era la que salía con él, diciéndome que le iba dando datos pintorescos sobre las interioridades del *catch*. Y, entonces... sucedió lo horroroso.

—Esto es esencial, si se refiere a Ulric Olinski. No olvide el menor detalle, aunque le parezca insignificante.

—Marguit había citado a Ulric Olinski para cenar en nuestro departamento la noche del jueves. Quería hacerle un reportaje. Convinimos que, a las diez, le esperábamos.

Pareció ella concentrarse más, al proseguir:

—Aquella noche pude disponer del «Cadillac» de mi hermano. Lo dejé en el garaje de la residencia, y estábamos ya Marguit y yo cerca del departamento, cuando ella me dijo que se había olvidado de mirar en el casillero de la correspondencia. Entré yo sola. Nos había informado el conserje que, él personalmente, había abierto con su llave, para que los dos camareros del «Frederick Hotel» dejaran la cena fría que habíamos encargado. Le pregunté si había venido un caballero que esperábamos. Y dijo que no.

«Mintió entonces Rex Cutler al decir que había visto entrar a Ulric», medité Prescott, durante la pausa que hizo ella.

—Y vi a Ulric Olinski. Tendido, con uno de los cortapapeles que nos habían desaparecido en una de las visitas al «Paradies». El cortapapeles le atravesaba el pecho, la solapa... Y al entrar Marguit, me miró horrorizada. Yo le expliqué que alguien teniendo la llave de la entrada posterior del departamento, debía de haber dejado allí el cadáver de Ulric... Pero solo pensaba en que cualquier escándalo, podía perjudicar la brillante carrera de Henry. Y decidí transportar a Ulric a cualquier sitio desierto, y quitarle el cortapapeles que nos comprometía. Fui comprendiendo que alguien tenía el propósito de comprometernos en una muerte....

En la autopista, el «Adler» cruzaba de vez en cuando algún coche, pero el tráfico era casi nulo.

—Hice jurar a Marguit que no diría nada a Henry. Hoy al mediodía, la misma voz que nos había comunicado la muerte de Murray, nos dijo que los detectives Dickson y Prescott, estaban sobre nuestra pista. Que persistiéramos en negar. Nuestro anónimo comunicante sabía quién había matado a Murray y a Ulric. Podía demostrarlo, y lo demostraría, salvándonos de toda sospecha... a

cambio de la inmediata entrega de unas fotos. Tampoco me di cuenta entonces, de que me hablaban desde el garaje. Si no hubiera estado tan inquieta, lo habría adivinado inmediatamente. Ya que existe una censura telefónica... Pero no razonaba normalmente.

—Era natural, Margot. Vamos bien. Siga. Casi puedo jurar que sé quién era el del teléfono. No vamos a tardar en saberlo.

—Yo debía coger la inseparable cartera que mi hermano lleva consigo a todas partes. Fotografiar la relación criptográfica en código francés, del resumen de los acuerdos tomados el día anterior con referencia a la instalación de nuevas bases aéreas francobritánicas. Debería dejar las fotografías en un sobre, encima la repisa del teléfono del garaje, y permanecer en el interior de la casa junto a Marguit. Si tratábamos de averiguar quién venía a recoger el sobre, seríamos denunciadas como autoras de las muertes de Murray y Ulric.

Aminoró la marcha Prescott, y dijo ella:

—Ha pasado de largo ante el camino del «Paradies».

—Hasta ahora he dado demasiado la cara de frente. No quiero más recibimientos alevosos. ¿Entregó usted las fotos?

—Entregué las fotos de un documento en criptografía, pero referente a unos acuerdos no secretos, que la prensa publicó. Tenía la esperanza de que mientras, la policía descubriría al autor de las dos muertes. Y... a las siete de la tarde, estábamos preparando nuestro equipaje para abandonar Berlín, cuando el teléfono volvió a llamar... Y Marguit me dijo que a las nueve en punto sabríamos quién mató... Creí que todo estaba resuelto, y no me sería necesario entregar las que están ahí.

Señaló ella la raqueta en la redecilla, mientras Prescott paraba el coche, a la entrada de un camino secundario, que contorneaba entre álamos la explanada del «Paradies Ruhe», cerca del lago.

—Quitó la funda de caucho, introduciendo las dos fotografías entre la madera y la funda. A las nueve en punto, irrumpieron los dos enmascarados, cuando estábamos pendientes del teléfono. En un instante nos tuvieron inmovilizadas. Uno de ellos dijo que habían comprobado que las fotos no eran las que correspondían al documento que les interesaba. Y... fue horrible.

—Ya pasó lo peor. Adelante, Margot.

—Dijeron que puesto que Marguit era como una hermana para

mí, la oiría pedir clemencia. Le quitaron una media, anunciando que un calambre en la planta del pie, no dolía... Eran dos bestias... Dijo uno de ellos, que no percibiría Marguit la quemante descarga eléctrica, porque era infinitamente más agudo el dolor de una uña extirpada de golpe... Y acercaba la pinza de depilar a las uñas de Marguit... Yo iba a decirles que las fotos estaban en el mango de esta raqueta, cuando se oyó un motor de coche. Y el resto ya lo sabe.

—¿Tiene alguna arma?

—Voy con usted. Marguit duerme... He pasado muchas angustias, Steve... Usted ahora ya puede resolver el misterio... Yo no sabría permanecer aquí, esperando. Actué como agente secreto durante tres años.

Recogiendo una linterna, bajó Prescott, y ella, a su lado, asiéndose a su codo, insistió:

—Dijo usted que no amanecería sin haber hallado la salida a este laberinto. Y está allí la salida...

Señalaba Margot el albergue en tinieblas.

—Quédese aquí. Intervendrá si fuese necesario, yendo, a toda prisa, al número ochenta de Aster Strasse, piso primero. Explíqueme todo a un agente llamado Albert Curtis. Pero no hará falta. Usted quédese aquí, y espéreme. Hablaré privadamente con Rudolf Krauss.

Se alejó Prescott apresuradamente. Era bonita Margot Roland, cuando se limitaba a ser femenina, sin exteriorizar actitudes de mujer desencantada.

—Coordinemos, compañero —fue diciéndose en voz baja—. Al Norris no estaba en condiciones de presentarse en el ring. Y pudo participárselo a alguien. Le puso en fuga el fantasmón... Puede estar en el albergue. Rex Cutler era el otro de la capucha. El hornillo eléctrico y las pinzas, le identifican.

Se adhirió a la pared del garaje triple. Una de las puertas estaba abierta. Fue avanzando sobre la punta de los pies...

Y vio el «Mercedes Benz» de la capota gris perla.

Precedido por la «Skoda», se aproximó.

Tocó el radiador. Estaba aún caliente. No hacía mucho que lo habían abandonado sus ocupantes.

Proyectó la linterna al interior. Sobre el tapizado gris perla,

resaltaban algunas manchas carmesí en el respaldo izquierdo del asiento posterior.

Pero lo que reclamó la atención de Prescott fueron unos minúsculos rectángulos de papel blanco, sobre los que estaba un llavero en su estuche de piel.

Se agrupaban llavero y etiquetas en la esquina formada por asiento y respaldo. Se habrían caído de uno de los dos ocupantes del asiento posterior.

Del que no estaba herido, ya que no había manchas de sangre en el respaldo ni alfombra.

Recogió el llavero y las etiquetas. Se guardó el llavero, y perplejo quitó la goma y la cartulina que, doblada, resguardaba ocho papeles idénticos.

Blancos, con varias hileras de letras impresas, y un calado de puntos. Ocho etiquetas iguales. Las que podían hallarse en ciertos paquetes de cigarrillos.

«In the event of any complaint concerning this package or its contents please return it with this slip to:

»ABDULLA & CO. LTD.

»173, New Bond Street, London, W 1.^{4}

Los orificios de signos convencionales que permitirían reconocer al empaquetador en caso de reclamación, taladraban diferentemente las ocho etiquetas.

Abandonando el garaje, se dirigió hacia el edificio de tres plantas, cuya fachada lateral al norte, transparentaba un halo de luz en dos enmarcamientos.

Pero los cristales cerrados, y las cortinas corridas, impedían toda visibilidad.

Steve Prescott contorneó la fachada, atento al menor ruido, habiéndose quitado los mocasines, que volvió a calzarse, cuando atravesando el vestíbulo sin luces, llegó ante la puerta de la estancia que correspondía a las dos ventanas cerradas.

Era Rex Cutler el que muy cerca estaba diciendo:

—Pudo ocuparse de cerrar la puerta, doctor.

Y era Lewis Drone el que contestaba:

—No soy omnipotente. Cuidarme de este falso Murray, y de

vosotros dos, solo, sin la ayuda de nadie, y traeros hasta aquí, me ha exigido un acopio de energías nerviosas excesivo.

Steve Prescott se acurrucó tras un sillón. La puerta se abrió, y Rex Cutler, vendada la cabeza, se dirigió hacia la salida del albergue...

CAPÍTULO XV

Steve Prescott se quitó de nuevo los mocasines, y fue deslizándose hacia la puerta que acababa de dejar abierta Rex Cutler. Entró en el gimnasio del albergue.

Vio al doctor Drone atendiendo a alguien tendido sobre una mesa de masaje.

Pero lo que le atrajo al instante fue el abierto compartimiento de baños turcos, en el que penetró, atrayendo hacia sí suavemente el cierre. Mantuvo entornado, hasta que oyó cerrarse la puerta, y avanzaron los pasos de Rex Cutler.

Pudo ahora ocupar el sitio elegido como observatorio, y quedó arrodillado tras el cajón destinado a perder grasas.

Veía a Cutler a un lado de la mesa, y al otro, al doctor Drone que dejando de manipular gasas y vendas, aplicaba un frasquito bajo las narices del hombre que Rex Cutler mantenía incorporado a medias.

Al Norris removió la cabeza, y abrió los hinchados ojos...

—Ya estáis en condiciones de hablar. Yo os puedo asegurar que si no me hubiera alarmado vuestra tardanza, ya estaríais esposados, a punto de cantar. Le dije a Lukas que te sustituyera por Lacross, basándome en que te había enviado a recoger un paquete, y que por la tardanza debía de haberte sucedido algo. Diremos que fue un accidente de coche, Norris. Tuve la feliz inspiración de venir aquí, y ofrecíais un cuadro deplorable los dos. Os estaca sacando del coche el fantasma de Oscar Murray.

Sobresaltado, Al Norris replicó:

—Fantasma o no, era Oscar Murray el que iba al volante del «Mercedes Benz» de Marguit. Y nos tenía atados a este y a mí...

—Y magullados. Os estaba sacando del coche, en el garaje, cuando pude llegar a su espalda y golpearle el cráneo.

Prescott siguió con los ojos la dirección hacia la que señalaba Lewis Drone.

Sentado en el suelo, de espaldas contra la serie de barras horizontales, introducidos los brazos entre dos barras, quedaba sujeto bajo los sobacos, el hombre al que Cutler fue a levantarle la

cabeza, empujándole la frente de un manotazo brusco.

—Átale las muñecas, Rex —ordenó Drone—. Tardará en volver en sí. No está muerto.

Una comba sujetó a las barras las muñecas del desvanecido, Cabello negro crespó, voraces mandíbulas, grueso jersey cerrado en torno al cuello, chaquetón azul, pantalón de sarga, botas de agua...

Físicamente, aquel misterioso sujeto correspondía plenamente a las apariencias de Oscar Murray.

—Un ser civilizado, y lo eres, Norris, no puede creer en fantasmas —dijo Drone, avanzando seguido por el luchador británico.

Se inclinó el doctor, y fue frotando con una toalla el rostro del desvanecido. A la vez parecía mesarle el crespó cabello. Steve Prescott avanzó hasta otro parapeto más próximo. El rimero de halterios y pesas, recubierto por lona. Quedó entre la pared y el rimero que soportaba las barras y las placas supletorias.

—Ahí tenéis al fantasma que estuvo a punto de terminar con todos nosotros.

—¡Este es Guy Dickson! —exclamó Cutler—. ¡El detective al que fue a consultar Olga!

—Quieto, Morris —ordenó Drone, conteniendo al británico, que iba a asestar un puntapié al rostro de Guy Dickson—. Las violencias después.

Steve Prescott fue comprendiendo muchos misterios... Y retrocedió, porque volvían a aproximarse a la mesa de masaje los tres cómplices.

—Una peluca, caucho en las quijadas, suelas triples de corcho, hombreras repletas, y un poco de maquillaje —especificó Drone—. Muy hábil el detective Dickson, mucho más que su ayudante Prescott. Iba consiguiendo desconcertarnos. No importaba que Marguit hubiese rellenado a Murray de soporíferos, y que yo mismo le hubiese atravesado la válvula mitral de acuerdo con mis nociones de anatomía. Si persiste en sus fantasmales apariciones, el detective Dickson os hubiera convertido en peleles. Vosotros, que presumís de hombres fuertes...

Se estaba desquitando el doctor Drone, pensó Prescott.

—Prescott se quedó allá con ellas dos —dijo Cutler.

—No te ocupes de esto ahora. Ya se cuidará Marguit de

convencer a la rebelde muchacha, de que debe entregar lo que le ha sido pedido.

—Pero Prescott le explicará a Margot, que el culpable es Krauss...

—Krauss dice aquello que yo le imbuyo en el seso. Es posible que Prescott venga a ver si alguno de los luchadores no puede demostrar que estaba con los otros... Cuando llame, saldré a recibirlo. No os preocupéis de nada, salvo de conseguir lo que nos interesa. El alcohol ha causado sus efectos... El señor Guy Dickson, detective habilísimo, nos va a honrar con sus confidencias.

Guy Dickson presentaba el rostro limpio después de las enérgicas frotaciones de la toalla empapada en alcohol. Movi6 lentamente el cuello, y dijo, por fin:

—La peluca tiene aún su utilidad en la era atómica. Al menos, impidió que me rompiera usted el cráneo, doctor. No contaba con usted. Me imaginaba que el *gang* lo formaban Cutler, Norris y la periodista. Daba por cierto que Cutler abusaba de la credulidad de Olga. Que Norris abusaba de la inopia de los otros luchadores. Pero no le creía el jefe del *gang*, doctor. A lo más, un simple encubridor de maleantes.

El doctor Drone tocó el brazo de Cutler.

—Es preciso que Prescott venga cuanto antes. Acompañará a Dickson en el último viaje. Serán los dos últimos arrebatos de locura furiosa de Rudolf Krauss.

—Me imagino que Prescott desconfía de mí —expuso Cutler.

—Telefonea a Marguit, búscala, y que cuanto antes consiga narcotizar a Prescott...

Los tres miraron repentinamente a Dickson, que reía en carcajadas de sincero regocijo.

Steve Prescott sonrió satisfecho.

No era rencoroso. Y acababa de ondear una mano hacia Dickson, provocando en su jefe un alborozo tan evidente, que intrigaba a los tres cómplices.

—Voy a quitarte las ganas de reír —masculló Cutler, avanzando.

—Las violencias después, Rex —intervino Drone—. ¿Qué le causa tanto regocijo, Dickson?

—Verles completamente alborotados. No hace falta que vayan a buscar a mi ayudante. Él vendrá, cuando compruebe que Norris ha

sido reemplazado en el programa. Posiblemente estará recibiendo las confidencias de Margot Roland. Es lamentable haber dado muerte a dos seres, y que cerca del éxito, una valiente muchacha siga teniéndoles cavilando. Porque tenían que fingir que iban a torturar a Marguit, para poder arrancarle a Margo la verdad acerca del escondrijo de las fotos que les interesaban.

Entornados los párpados, Lewis Drone se apretó el labio inferior entre el índice y el pulgar, mientras a cada lado suyo, le contemplaban intrigados, Rex Cutler y Al Norris.

—¿Calcula en cuánto puede comprar a los detectives privados Dickson y Prescott? — preguntó Dickson.

—Dos detectives menos, y dos crímenes más a cargo de Krauss, es la solución —replicó Drone—. Pero no comprendo por qué razón si su ayudante, y lo vio Cutler, iba en pos del «Cadillac» que transportaba a Ulric, usted bajo su disfraz de Murray, golpeó a su propio ayudante.

—Elemental. El buen Steve es encajador, y a mí me interesaba que se propagase que Murray no estaba muerto. Provocar reacciones, como por ejemplo, la de Marguit Montel. Naturalmente que se escalofrió la periodista, ya que ella sabía que pudo adormecer con drogas a Murray, y que usted mismo lo liquidó. Era un estorbo, al igual que Ulric. Debían de haber olfateado el nexo contrabandista entre Nueva York, Londres y Berlín. Seguramente Ulric abandonó precipitadamente Los Ángeles, porque además de las joyas, debió encontrar en el equipaje de Olga, una pista...

Drone miró a Cutler, que anunció sombrío:

—Tuvo que verme cambiando etiquetas en los paquetes de cigarrillos, cuya marca fuma Olga. Supe que se había marchado precipitadamente, por una camarera, que lo había visto acercarse a la alcoba de Olga, estando ella ausente, y encontrándome yo efectuando el cambio de etiquetas. Por eso, yo mismo me apoderé de los brazaletes y collares y así Olga deseó averiguar dónde estaba Ulric. Vinimos a Berlín...

—Usted que sabía muy bien dónde estaba Ulric. Le dijo a Olga qué recurriera a los servicios de Dickson y su ayudante, porque sospechaba que Ulric estaba muerto, pero que no convenía pregonarlo hasta cerciorarse. Completaba el cerco del terror en torno a Margot Roland, y se desembarazaban de dos posibles

delatores: Murray y Ulric, que seguramente se unieron en sociedad para ver de sacar el máximo provecho de lo que averiguasen. Y ninguno de los dos sospechó de Marguit Montel. Pero ¿cómo vino directamente Olinski al albergue?

—Los paquetes de «Abdulla» que yo recibía para entregar a Olga, una vez cambiadas las etiquetas, procedían de Berlín: Remitente: el doctor.

—¿Para qué le explicáis todo esto? —inquirió Norris.

—El doctor no es un vulgar delincuente, Norris —reprochó, gravemente, Dickson—. Es un vanidoso que convencido de haber forjado una excelente cadena, gracias a su tortuoso cerebro, está ahora muy ofendido, al comprobar que dos detectives han estado siguiendo los eslabones de la cadena. Que os va a encerrar en su dogal, cuando mi compañero Steve, lo decida.

Steve Prescott tanteó el seguro diestro de la «Skoda», dispuesto a saltar como un enorme muñeco dotado de resortes.

Se contuvo porque Lewis Drone manifestaba:

—Telefonaré a Ingeborg para tranquilizarla, diciéndole que tu accidente ha sido leve, Al. Telefonaré también a Marguit... Esta misma noche necesitamos las fotos, ya que mañana se va Olga...

El doctor se encaminó hacia la puerta. Dickson ironizó:

—Le doy permiso para irse y regresar pronto, doctor.

El doctor abrió la puerta, y la cerró de un empujón.

Añadió el capitán Dickson:

—Comprobemos si funciona adecuadamente el chorro de anestesia, compañero.

Steve Prescott saltó con fruición infantil, dirigiendo el chorro gaseoso hacia los rostros de los que se volvían repentinamente...

Rex Cutler y Al Norris tosieron ahogadamente, llevándose las manos a las gargantas. Fueron desplomándose sin ruido, porque Steve Prescott les amortiguó la caída con leves golpes de antebrazo...

CAPÍTULO XVI

Sueltas las manos, dijo Dickson:

—Nos felicitaremos mutuamente después, Steve. Voy a hacerle una suave presa al doctor, mientras se ocupa usted del traslado definitivo de estos dos. Atémoslos como morcillas escurridizas.

—El «Adler» con Marguit durmiendo y Margot despierta, pero en la inopia, está en el otro camino que conduce al lago, señor.

—¿Marguit durmiendo?

—Margot le administró doble dosis de chloral, para prevenir la crisis de histeria... Oiga, ese truco de la linterna iluminando un fantasmón es para sacudirle los nervios al más templado, cáscaras.

—Desde anoche Murray descansa en paz. No lo comuniqué a Curtis.

Guy Dickson se dirigía hacia la puerta, y abriéndola, atravesó el vestíbulo, mientras arrodillado, procedía Prescott a emplear las combas de salto, coma sólidas amarras.

Reunidos los puños entre los omoplatos, el resto de comba remataba enlazando los tobillos.

Eran transportables, meditó, al sopesar a cada extremo de sus brazos, los humanos fardos asidos por la unión de las muñecas.

Fue arrastrando la doble carga, y la soltó a mitad del vestíbulo, al oír un disparo que retumbó en el cercano pasillo.

Corrió precipitadamente, y se detuvo a la entrada del pasillo.

Guy Dickson había disparado contra la diestra armada del doctor Drone, que, soltando su pistola, retrocedía viendo cómo el capitán se inclinaba para recogerla...

Y Guy Dickson saltó hacia arriba, alcanzado de pleno en la mandíbula y pecho por el doble manotazo de Rudolf Krauss.

Guy Dickson cayó de espaldas, conmocionado, y se abalanzó Krauss a recoger las dos pistolas.

El demente que debía ser recluido apenas amaneciese, miró al doctor que, sosteniéndose la mano herida, dijo crispado el rostro, pero con suave y persuasiva entonación:

—Ha querido matarme, Rudy. Dame esas armas.

Rudolf Krauss tendió dócilmente las dos pistolas.

—Me temo que hay otros enemigos míos, Rudy —añadió el doctor.

Steve Prescott retrocedió al vestíbulo...

—Mi otro enemigo debe estar en el gimnasio, Rudy —oía decir al doctor Drone—. No te preocupes por mi herida. Es un refilón nada más... Sigue adelante, Rudy.

Rudolf Krauss llegó al extremo del pasillo. Arqueaba los musculosos brazos. Deteniéndose, miró al que le sonreía presentándole las manos abiertas,

—Es Steve —comentó Krauss.

Lewis Drone alzó la mano válida. A su espalda, Guy Dickson repuesto, le atenazó por el cuello y muñeca, apretadamente.

El disparo rebotó en el suelo...

Rudolf Krauss se revolvió fieramente.

Y Steve Prescott se abalanzó para interponerse entre Krauss y la forcejeante pareja.

—¡Lárguele gas, Steve! —apremió Dickson.

Steve Prescott miraba fijamente al luchador loco.

—Te engallaba miserablemente el doctor, Rudy. Te hacía repetir frases mentirosas, te interrogaba, y debías contestar como te enseñaba... Vas a venir conmigo, y te repondrás. Me enseñaste alemán, y yo soy tu amigo.

Bajó la cabeza, gruñendo, mostrando los amarillos dientes, Rudolf Krauss ofrecía un aspecto impresionante.

Manoteó mientras retrocedía Prescott...

—Llévese al doctor, capitán. Lléveselo. Rudy es mi amigo, y no me hará el menor daño, porque soy su amigo de verdad. No mataste a Ulric. No mataste a Murray. No empleaste los cortapapeles. Tú no podías engañar a nadie, vertiendo drogas en cerveza y ron. El doctor te engañaba. *Mutti* Ingeborg no... Ella es buena contigo, y no sabía nada del engaño. Dame las manos, Rudy.

Se había detenido Prescott, cuyas espaldas tocaron la abierta puerta de la habitación de Krauss.

Rudolf Krauss no miró hacia Dickson que mantenía sujeto al doctor, tapándole la boca.

Dickson exhaló la respiración contenida, cuando vio entrar en la habitación al luchador loco.

Prescott, sentado en la cama, seguía diciendo:

—Estamos otra vez juntos, Rudy. Obtendré permiso para que vengas conmigo. Ya te dije que yo también estuve igual que tú...

—¿Hormigas paseando por dentro de la cabeza?

—¡Exacto, igual, igual que hormigas! Siéntate a mi lado, Rudy. Y verás... Me pasaba igual que a ti. Me ponían furioso los médicos, engañándome, mirándome como a un bicho raro. ¡Cáscaras! Y entonces le dije a un amigo mío llamado Dickson...

Elevó Prescott la voz:

—Déjeme el «Adler» con la rubia al volante, Dickson. Sí, Rudy, eso le dije a mi amigo, que se llevó a todas las hormigas, y yo me quedé solo con mi amigo Rudy. Estamos otra vez juntos, Rudy, como en los buenos tiempos. ¿Qué te parece si nos fuéramos tú y yo a mi piso? Ya no te hará falta *mutti* Ingeborg.

—Contigo estoy mejor, Steve. Porque tú me quieres un rato largo...

Impulsivamente atrajo Prescott la cabeza del alemán, manteniéndola contra la suya. Permanecieron los dos en silencio.

Pasaba el grueso brazo por encima de los hombros de su amigo Rudolf Krauss, que rio grotescamente al decir:

—Tú siempre me quisiste un rato largo. Y nos divertimos mucho allí en Milwaukee cuando, bebiendo cerveza, Hilda apostó cinco dólares a mi favor. Decía que íbamos a pelear de mentirijillas aquella noche.

—Sí, sí de mentirijillas. ¿De qué, hombre?

—Es como si lo viera... ¿Te acuerdas? En el segundo asalto, empezamos a carburar de verdad. Y me querías voltear. ¿Recuerdas?

En el corredor, Margot Roland llevaba un rato escuchando. Pensaba en lo que acababa de decirle el capitán Guy Dickson.

—Soy un veterano del servicio secreto, y tengo la suficiente dosis de dominio sobre el miedo, para que me consideren un valiente. Lo que está haciendo Steve supera todas las valentías. No ha querido disparar contra su amigo, el loco Krauss. Tome esta pistola, por si acaso. Usted conducirá el «Adler». Nos reuniremos en Astor Strasse, 80.

Y estaba oyendo ahora a dos gigantescos niños... Uno, atractivo, simpático. El otro, repulsivo siempre, era ahora un pobre gorila dócil...

—Te volteé, vaya si te volteé —decía Prescott.

—Claro que me volteaste. Y te aplasté por la cuenta. Me gustaría volver a luchar contigo, Steve.

Gimió aliviada la cama al ponerse los dos en pie.

—Recoge tu chaqueta, y ya enviaremos a recoger el resto de tus cosas... De ahora en adelante, donde vaya yo, vienes tú. Conseguiré permiso, y nos tomaremos un buen descanso en París. Oye, conducirá mi coche la rubia Margot.

—Una orgullosa que me llamaba «monstruo».

—En broma, hombre. Escucha, Rudy, yo nunca te miento, cáscaras. Esta rubia parece orgullosa así al primer vistazo. Pero yo la he visto tal como es de veras. No confiaba en nadie, estaba desencantada... Es deliciosa cuando es tal como debió ser antes de desilusionarse y ser una majadera. Si la hubiera yo conocido hace un par de años, hasta hubiera sido capaz de probarla por novia... porque no es más que una romántica desencantada.

—No se merece ella a un muchacho como tú, Steve. Vámonos a París.

Margot Roland corrió hacia el exterior. Sentía un agradable escozor en las pestañas... Un luchador que conocía de pocas horas antes, había sabido adivinar que su dureza exterior, ocultaba un romanticismo desencantado.

Crispadas las manos al volante del «Adler», vio aproximarse al sonriente agente secreto, y al receloso demente que podía sanar junto a un amigo.

—Hola, Margot. Ya conoces a Rudy, mi mejor amigo.

—¿Qué tal, Rudy? —preguntó ella, dulcemente.

Gruñó Krauss sin la menor amenidad, mientras se instalaba en el asiento posterior. Junto a Prescott, que indicó:

—Adelante, chofer. Vamos a mi piso.

Conduciendo camino abajo, dijo ella:

—Tenía usted que ir al número 80 de Astar Strasse.

—Irá usted, oirá todo lo que interesa saber, y ya me lo contará. Yo ahora estoy con Rudy, al que no van a molestar más.

—Eso es —aprobó Krauss—. Tú conduce y no te metas con Steve. Hablemos en alemán, Steve.

Pero Margot Roland sabía el idioma germano, aprendido en circunstancias que redoblaban, su afán de asimilarlo.

Eran evocaciones de la gira de seis meses por los Estados, y trepidaba el coche a las carcajadas de los dos hercúleos luchadores, cuando Krauss, recordando a la rubia Hilda, que suspiraba al mirar a Prescott, la imitó.

—Vamos llegando, Rudy. Dile algo amable a la rubita esa — sugirió, en alemán, Prescott.

—¿De veras quieres que sea tu novia?

—Me gustaría probar... pero ella no es de nuestra clase. Estoy seguro que si fuera como Hilda, y no una elegante doncella, yo sabría devolverle las ilusiones que perdió. No la mires así, que se va a asustar, Rudy. Dile algo amable, hombre. Nos vamos a despedir de ella.

Rudolf Krauss declaró en francés gutural:

—Steve Prescott es un gran hombre, Margot. Y tú ganarías mucho con su amistad. Bueno, ya hemos llegado a tu casa. Steve.

Bajando dijo Prescott:

—Ya no tiene que preocuparse más, Margot. Y a lo mejor nos vemos por París. Adiós.

En el piso de la Agencia Internacional, Rudolf Krauss, bostezando, manifestó:

—Voy a dormir mejor que nunca, Steve. Aquí al menos... no me mira nadie como a un bicho raro. Contigo siempre, ¿eh, Goosy?

—Siempre, Fritzzy.

EPÍLOGO

Soñoliento acudió Prescott a abrir. Miró extrañado a la que entrando, murmuró temblorosa:

—He perdido a la que creía mi única amiga, Steve. El capitán Dickson tiene trabajo hasta muy tarde. ¡Cuánta falsedad...!

Cerrando la puerta, Steve Prescott dijo elocuentemente:

—Coordinemos, por favor, coordinemos. Todo no es falsedad, cáscaras. Ya ve Rudy... Por cierto, duerme como un tronco. Esta es la medicina que le hacía falta. Amistad y reposo. Vamos, siéntese, y no llore así....

Fue explicando ella. El doctor Drone y Rex Cutler se valían en un principio de Al Norris para enviar copias de documentos. Etiquetas de «Abdulla» agujereadas de cierto modo.

Después, Cutler convenció a la periodista. En los carros de los productos de belleza, las sales de baño y los polvos, en su mitad inferior, iba cocaína. Viajando con la hermana del coronel Roland, no había peligro de registro.

Tampoco sabía Olga Lenox que los paquetes de «Abdulla» que fumaba, llevaban muchos de ellos, etiquetas que no eran las originarias.

Oscar Murray rondó el albergue, cuando vino Ulric Olinski a contarle que había cierto nexo entre Rex Cutler y el doctor Drone, y que la clave del negocio consistía en simples etiquetas de cigarrillos «Abdulla».

Drone y Cutler decidieron suprimir a Murray y a Ulric, empleando a la periodista para narcotizar a Murray. A Olinski, fue Norris el que lo narcotizó y transportó al departamento. Los cortapapeles sustraídos por el doctor, comprometiendo a la hermana del coronel, la harían apta para proporcionar informes, bajo la taimada influencia de Marguit Montel.

Sollozó ella, reclinándose contra el ancho busto de Steve Prescott, que dijo satisfecho:

—No está sin amigos, cáscaras. Yo soy su amigo. ¿No ha visto que he curado a Rudy? Claro, no es lo mismo... Pero ya me comprende, ¿no?

Pestañeó ella, y replicó dulcemente, en alemán:

—Me gustaría probar si me devuelves la ilusión de vivir, Steve.

Steve Prescott, en el mejor de los idiomas, sin pronunciar una sola palabra, contestó que también le gustaría.

Y por fin conoció al «charmant» coronel Henry Roland, su cuñado. La boda fue en rigurosa intimidad, y el testigo principal, Rudolf Krauss, ya no tenía hormigas recorriendo su cerebro

FIN

TRABAJO PELIGROSO

"Se ofrecen dos hombres jóvenes, audaces, sin compromisos, dispuestos a cualquier misión arriesgada y confidencial. Temeridad acreditada. Reserva absoluta. Escribid: Poste Restante, 287 - LOS ANGELES (California)".



Así, con este anuncio, empezó la más sensacional operación ejecutada por la Policía Metropolitana de Nueva York y Los Angeles, contra la más fantástica e insospechada organización de narcóticos; un...

TRABAJO PELIGROSO

secretamente confiado a dos hombres que llevaron la muerte a la espalda desde el mismo instante de hacerse cargo de aquella escalofriante misión...

KEITH LUGER

el popularísimo escritor, ha titulado a ésta su última y más apasionante novela:

TRABAJO PELIGROSO

¡Un relato electrizante, henchido de acción y dinamismo, cuya lectura recomendamos solamente a los lectores capaces de dominar el ritmo de sus nervios!

COLECCION SERVICIO SECRETO

la publicará en su próximo número

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

A 5 pts.

COLECCION "BISONTE"

338. — J. León

TRAS LA HUELLA DEL PASADO

COLECCION "BUFALO"

80. — Tex Taylor

CALIFORNIA

COLECCION "PANTERA"

17. — Fidel Prado

LA SOMBRA NEGRA

COL. "SERVICIO SECRETO"

247. — Vic Peterson

EL "GANG" DE LOS LUCHADORES

COLECCION "LAUREL"

37. — JOSE ASUNCION SILVA

COLECCION "PRACTICA"

16. — DE ORACION DEL HOGAR

A 5'50 ptas.

COLECCION "PIMPINELA"

442. — Victor Sanmartín

UNA MANCHA EN EL PASADO

COLEC. "MADREPERLA"

338. — Amparo Lara

EL CIELO SOBRE NOSOTROS

COLECCION "ROSAURA"

282. — M.^a Esperanza Neyra

LA CASA DEL FIELD

COLECCION "AMAPOLA"

168. — A. Pina de Cuadro

PECADO

COLECCION "ALONDRA"

121. — Agueda de Vianney

ATORMENTADA

COLECCION "CAMELIA"

62. — Sergio Duval

EL ERROR DE JUDITH

COLECCION "ORQUIDEA"

32. — Trini de Figueroa

EL HONOR NO SE SUBASTA

Las obras más selectas, los autores más populares, la presentación más sugestiva, los hallará siempre en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Proyecto, 2 - Barcelona :: Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

*El próximo volumen de
la famosa COLECCION PRACTICA
aparecerá esta misma
semana y llevará por
título:*



DECORACION DEL HOGAR

Leyendo este libro — de permanente utilidad — hallará usted las soluciones más prácticas y económicas para que su hogar sea confortable y acogedor, a través del conocimiento de los diversos estilos de la casa moderna y sus departamentos, dándosele a conocer también todo lo referente a los muebles auxiliares, aprovechamiento de espacios, combinaciones de colores, etc., sin lo cual carece de personalidad todo hogar

¡Usted se felicitará más de una vez de haber adquirido este libro:

DECORACION DEL HOGAR

porque en sus páginas encontrará justamente lo que está deseando!

COLECCION PRACTICA

lo publicará esta misma semana

**DE VENTA EN TODOS LOS QUIOSCOS Y
LIBRERIAS**

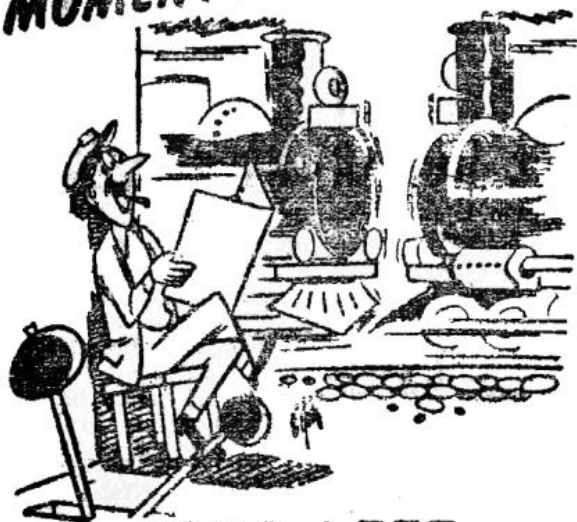
De no hallarlo en su localidad, solicítelo a

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

**CUALQUIER
MOMENTO ES BUENO...**



...PARA LEER

El DDT

**LA PUBLICACION
MAS DIVERTIDA
DE TODOS LOS TIEMPOS**

SOLO CUESTA 2 PTS.

Si es usted de los afortunados lectores que conocen ya la supermoderna

COLECCION DAN
Serie BISONTE GRAFICO

sabrá del éxito obtenido por esta magnífica publicación, en sus cinco primeros cuadernos, aparecidos ya



COLECCION DAN
Serie BISONTE GRAFICO

le ofrece, en cada cuaderno:

- * UNA AVENTURA LARGA COMPLETA
- * UN EMOCIONANTE EPISODIO DE "EL JUSTICIERO ERRANTE" y la sección de alto valor documental:
- * A TRAVES DE LA HISTORIA DE NORTE-AMERICA.

¡Las más emocionantes y sugestivas aventuras del Oeste, en un alarde de presentación y calidad jamás igualadas!

Adquiera usted cada quince días, amigo lector:

Colección DAN - Serie BISONTE GRAFICO
DE VENTA EN TODOS LOS QUIOSCOS Y
LIBRERIAS

De no hallarlo en su localidad, solicítelo a

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 **BARCELONA**



ENCICLOPEDIA DE LA SALUD

*la moderna colección
que le ofrece, en sus
magníficos volúmenes,
aquellas materias de
cuyo conocimiento de-
pende nada menos que
la conservación de su
vida, publicará en su
próximo número este
interesantísimo libro:*

CUIDE SU INTESTINO

Tal es el título del artículo base, merced al que conocerá exactamente las funciones del más importante elemento para el perfecto equilibrio del organismo. Además, hallará en el mismo libro los siguientes y sugestivos temas: ¿Son incurables las enfermedades cardíacas? Dolencias del hígado. Qué es capacidad vital. La gimnasia a través de los tiempos. Consultorio, cosas y casos, etc.

CUIDE SU INTESTINO

es un libro que no puede faltar en su biblioteca, porque en él encontrará la respuesta a infinidad de dudas

ENCICLOPEDIA DE LA SALUD

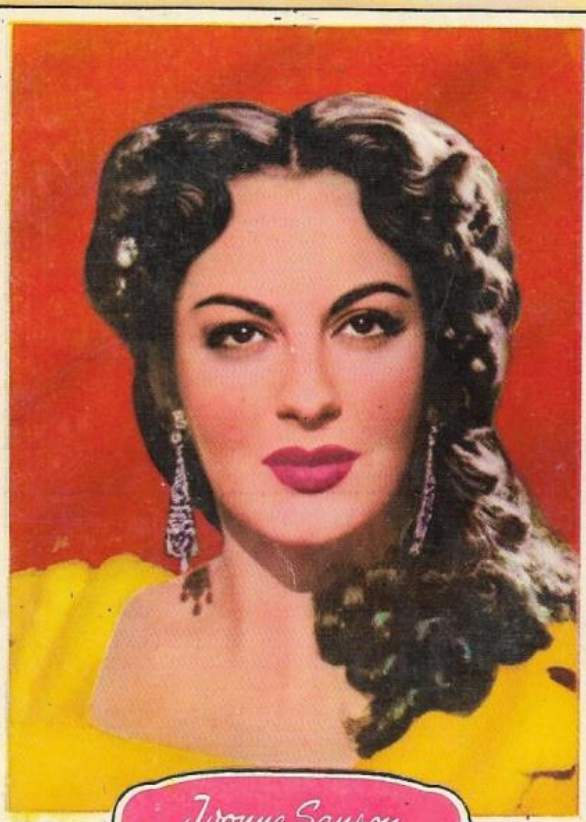
lo publicará en su próximo número
**DE VENTA EN TODOS LOS QUIOSCOS Y
LIBRERIAS**

De no hallarlo en su localidad, solicítelo a
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

LLUVIA DE ESTRELLAS



Irène Sanson

N.º 45 Popular y hermosa actriz de la pantalla italiana, triunfadora en "Los hijos de nadie", "Tormento" y "Estrella de la India"

Foto de la película "Estrella de la India" — C. B. FILMS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 5' ptas .Printed in Spain Precio en la Rep. Argentina: \$ 3'50

{1} **Reposo Paradisiaco.**

{2} **Madrecita.**

{3} **“Las vacaciones del asesino”.**

{4} **«En caso de cualquier queja referente a este paquete sírvase enviárnoslo con esta etiqueta»**